

UNA LOSA SIN NOMBRE

GLEN PARRISH

Entró lentamente en el pueblo, que aparecía completamente muerto. No se veía un alma en la calle.

Hacía bastante calor y Burt Bohum tenía sed. Pasó por delante del establo de alquiler, de la herrería, del armero, vio también la muestra del guarnicionero y al otro lado de la calle el rótulo del hotel La casa siguiente era oficina del *sheriff* y cárcel. La armería salió a su pasó. Al lado estaba el saloon.

Bohum frenó, cerró el contacto y se apeó del coche. Ágilmente, de un solo salto, salvó los dos escalones que había del suelo polvoriento a la acera de tablones y empujó los batientes de vaivén. En el saloon sí había gente.



Glenn Parrish

Una losa sin nombre

Bolsilibros: Seleccion Terror - 369

ePub r1.0
Titivillus 26.08.17

Glenn Parrish, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Entró lentamente en el pueblo, que aparecía completamente muerto. No se veía un alma en la calle.

Hacía bastante calor y Burt Bohum tenía sed. Pasó por delante del establo de alquiler, de la herrería, del armero, vio también la muestra del guarnicionero y al otro lado de la calle el rótulo del hotel La casa siguiente era oficina del *sheriff* y cárcel. La armería salió a su pasó. Al lado estaba el saloon.

Bohum frenó, cerró el contacto y se apeó del coche. Ágilmente, de un solo salto, salvó los dos escalones que había del suelo polvoriento a la acera de tablones y empujó los batientes de vaivén. En el saloon sí había gente.

Divisó a cinco individuos, con las cartas en la mano, en torno a una mesa. Una mujer, muy escotada, en pie, contemplaba la partida. Un poco más allá, dos vaqueros charlaban con otras tantas chicas. Más cerca, un individuo vestido de negro, con dos revólveres de cachas blancas, colgados de la cintura, hacía solitarios. El barman, con dos ligas en tomo a la mangas de su camisa, le miró fijamente desde el otro lado del mostrador.

Reinaba un silencio absoluto. Bohum pensó que la gente se habría callado al verle entrar.

Cruzó la sala y se acercó a la barra.

—Cerveza, por favor.

El barman no se movió. Bohum se impacientó.

—¿No me ha oído, amigo?

No hubo respuesta. Entonces, Bohum se dio cuenta de un detalle que le hizo sentir escalofríos.

El barman era un muñeco.

Había dos hombres apoyados en el mostrador. Bohum los tocó

sucesivamente. Ninguno de ellos se movió ni protestó por lo que parecía ser una ofensa.

El sudor empezó a correr por sus sienes. Lentamente, retrocedió hasta llegar a la mesa en donde el pistolero hacía solitarios.

Tocó su mejilla con el dorso de la mano. Estaba fría, helada.

Entonces, corrió hacia la salida, empujó los batientes de vaivén y se plantó de un salto en la calzada.

¿Qué sucedía en aquel pueblo? ¿Estaban muertos todos sus habitantes?

Durante unos segundos, se preguntó si había hecho bien al viajar hasta Black Sands. Tenía informes de que era una población con muy pocos vecinos, pero nadie le había dicho que aquellos pocos habitantes estuviesen muertos.

Paseó la vista por las casas del otro lado de la calle. Las puertas estaban cerradas. No salía humo de las chimeneas, ni se advertía el menor signo de vida. ¿Adónde había ido a parar?

Súbitamente, un extraño sonido rompió aquel ominoso silencio, que hacía aún mayor lo siniestro del ambiente: un agudo silbido, que hendió la atmósfera, como si fuese un afilado cuchillo rasgando un trozo de seda.

Bohum volvió la cabeza. A unos ciento cincuenta metros, alguien le hacía señas con la mano.

—¡Venga, amigo; se ha equivocado! —gritó la mujer.

* * *

Bohum respiró aliviado. Al menos, había una persona viva en Black Sands, se dijo, a la vez que echaba a andar a lo largo de la desierta calle Mayor.

La calle hacía algo de pendiente hacia arriba, aunque no era excesiva. Un par de edificios la cerraban por aquella parte Cuando llegaba junto a la mujer, se dio cuenta de que la calle se prolongaba en aquel lugar, después de doblar oblicuamente hacia el Sur.

Ella sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Les pasa mucho a los forasteros que llegan al pueblo por primera vez. Yo soy Meg Payne. Bienvenido a Black Sands, amigo.

Bohum estrechó mecánicamente la mano que le tendía la chica.

Debía de tener poco más de veinte años y su rostro era muy agradable, aunque no se pudiese calificar como el de una belleza absoluta. Pero su cuerpo era esbelto, firme, y los jóvenes senos se marcaban agresivos bajo la camisa a cuadros que vestía. El pelo era muy rubio y estaba peinado con dos trenzas a ambos lados de la cabeza. Llevaba puestos unos descoloridos pantalones azules y la piel de sus antebrazos, que quedaba al descubierto por llevar las mangas subidas, se apreciaba agradablemente tostada.

—Me llamo Burt Bohum —se presentó él—. ¿De verdad hay gente en el pueblo?

Meg se echó a reír.

—Claro que hay gente, más de la que se imagina —contestó—. Pero es que usted, como la mayoría de los forasteros, ha llegado por la parte antigua, la que no está habitada. —Extendió el brazo derecho—. A partir de este lugar, Black Sands es como era hace un siglo. El nuevo poblado empieza precisamente aquí.

—Pero las casas están en un estado excelente. ¿Por qué no las habitan?

—Hombre, debiera imaginárselo: hacen películas.

—Oh… Ahora comprendo… Y todos esos maniquíes en el saloon, están…

—A veces, vienen turistas, con una agencia, y les gusta hacerse fotografías. Pero cuando ruedan un filme, los llevan al almacén de los trastos.

Bohum sacó un pañuelo y se secó la frente.

—Ahora me siento mucho mejor —rió—. No sabe el susto que me he llevado al entrar en la cantina y ver todos aquellos… «cadáveres».

—Sí, impresiona un poco al que ignora lo que sucede —convino la chica—. ¿Piensa quedarse mucho tiempo en Black Sands, señor Bohum?

—No he hecho planes del todo, pero, al menos, estaré una semana —contestó él.

—Entonces tendrá que alojarse en mi hotel. —Meg lo señaló con la mano—. Es ése, pero no sirvo bebidas y usted había entrado a tomarse una cerveza, ¿verdad?

—¿Posee usted el don de la clarividencia, señorita Payne?

La chica lanzó una alegre carcajada.

—Digamos, mejor, algo de experiencia —contestó—. Está bien, si tiene sed… ¡Eh, Jane, aquí tienes un cliente!

Bohum volvió la cabeza. En la otra acera, en la puerta de una casa con un rótulo de «Saloon», había una hermosa mujer, que contemplaba la escena con la sonrisa en los labios.

—Las dos tenemos clientes —añadió Meg alegremente—. Señor Bohum, Jane Egan saciará su sed. Vaya tranquilo a su cantina; yo me ocuparé de su coche y de su equipaje.

—Es usted un pozo de sorpresas, señorita…

—Llámeme Meg, como todo el mundo —dijo ella, a la vez que echaba a andar.

Bohum se acercó a la cantina.

—Señorita Egan… Me llamo Bohum, Burt Bohum —se presentó.

—Es un placer —contestó ella con voz agradablemente modulada—. Entre, por favor.

En la cantina, aunque decorada con el estilo de cien años antes, se advertían detalles de una modernidad indiscutible. Jane caminó hacia el mostrador. Era una mujer alta, bien formada, de cuerpo opulento y ojos profundamente negros. Su pelo era abundante, sedoso, de color ala de cuervo. El vestido era sencillo, pero no podía ocultar ciertas curvas que la hacían infinitamente atractiva.

—Cerveza, supongo —dijo.

—Sí, señora.

—Jane, por favor.

Bohum asintió. Ella llenó una jarra y se la ofreció. Bohum paladeó la cerveza. Era buena y estaba muy fría.

—No hay mucha gente en el pueblo —comentó.

—Ahora están trabajando —respondió ella—. De todos modos, es verdad, somos muy pocos los habitantes de Black Sands. Pero sacamos lo suficiente para vivir. Y es un pueblo muy tranquilo. Usted ha venido por la parte del desierto, la peor de todas. Hacia el Este, donde empiezan las colinas, hay agua en abundancia y muchos árboles, con parajes realmente pintorescos, donde resulta agradable pasar algunas horas.

—No lo dudo en absoluto —sonrió Bohum. Aún no sabía si Jane era soltera o casada—. Habrá un alcalde, un comisario…

—Sí, pero ambos poseen sendos ranchos y se pasan casi toda la semana fuera, lo mismo que la mayoría de los hombres. Aquí

quedamos solamente algunas mujeres, el dueño de la tienda, el propietario de la gasolinera el operador del telégrafo… y pocos más. ¿Ha venido a ver a alguien en particular, señor Bohum?

—Quizá al comisario. O al alcalde, si hay irnos archivos en el pueblo —contestó él.

—Ah, le interesa la historia antigua de Black Sands —sonrió Jane.

—En cierto modo.

Bohum apuró la cerveza.

—No he visto el cementerio —añadió.

Jane señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Está precisamente detrás de esta casa, a ciento cincuenta pasos. Encontrará muchas tumbas interesantes, se lo aseguro; es un lugar muy frecuentado por los turistas. Se hartan de hacer fotografías.

—Lógico.

—El sepulturero y cuidador del cementerio es otro de los pocos hombres que residen habitualmente en el pueblo. Se llama Joshua Harrison y vive al final de la calle, a la izquierda.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué le debo, Jane?

Ella sonrió:

—Invita la casa; es la primera vez —contestó.

—Gracias, muy amable.

Bohum salió a la calle y dio unos cuantos pasos. A través del callejón que había entre la cantina y otro edificio, divisó la loma donde estaba el cementerio, la famosa Boot Hill, donde tantos hombres habían sido enterrados con las botas puestas. Black Sands tenía un pasado muy turbulento, aunque quizá no hubiese alcanzado la fama de otras ciudades infernales del Oeste de los viejos tiempos. Pero, por lo que sabía, más de sesenta ciudadanos habían sido enterrados en aquel cementerio, anticipada su muerte por el plomo o por la cuerda.

Más tarde, se dijo, visitaría el cementerio. Tenía tiempo, pensó, mientras cruzaba la calle en dirección al hotel.

Algunas personas se movían entre las casas. Respiró aliviado; ciertamente Black Sands no era la ciudad muerta que había sospechado en un principio.

Meg le recibió alegremente detrás del mostrador de recepción.

—Su coche está en el garaje del hotel y el equipaje en la habitación número uno —exclamó, a la vez que le tendía una llave —. Es la que destino a los huéspedes distinguidos —añadió.

—Ah, me considera huésped distinguido —sonrió Bohum.

—¡Naturalmente! ¿Cómo no dar ese calificativo al descendiente de uno de los «hombres malos» más célebres que tuvimos en el pueblo?

Bohum arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe, Meg? —preguntó.

Ella palmeó la tapa de un grueso libro que había sobre el mostrador.

—Historia de Black Sands —recitó—. Con todos los nombres de sus habitantes, desde el día de su fundación, y una relación completa de los hechos más sobresalientes acaecidos en el pueblo…, incluida, como es lógico, la muerte del famoso pistolero Siddo Bohum.

—Debe de ser un libro muy interesante —comentó el forastero.

Meg le entregó el libro con gesto espontáneo.

—Tome, lléveselo —dijo—. Puede tenerlo todo el tiempo que quiera, aunque…

—¿Sucede algo?

—¿Piensa visitar la tumba de su antepasado?

—¿Por qué lo pregunta, Meg?

—Oh, mera curiosidad… Dispense, no me conteste, si no quiere.

—Me gustaría ver la tumba, en efecto.

Meg hizo un gesto de pesar.

—Dudo mucho de que la encuentre, señor Bohum —manifestó —. Harrison, ex que podríamos llamar conservador de monumentos antiguos, ha conseguido identificar y «poner» al día, por decirlo así, casi todas las tumbas de los que murieron en Black Sands en aquella época turbulenta. Pero no ha logrado encontrar la sepultura de Siddo Bohum.

CAPÍTULO II

La historia de la turbulenta Black Sands era, ciertamente, muy atractiva. Recostado en el lecho, Bohum cerró el libro y encendió un cigarrillo con aire pensativo. Había un capítulo entero destinado a las andanzas de su famoso antepasado, pero, a pesar de todo, había podido observar en el autor ciertas reticencias, como si tuviese un extraño empeño en ocultar algunos hechos que no se mencionaban claramente o se callaban por completo.

Claro que el libro había sido escrito a finales de siglo, pocos años después de que se iniciase la decadencia de Black Sands, cuando las minas empezaron a dar síntomas de agotamiento. Entonces vivían aún muchos de los protagonistas de aquella historia y al autor no le había convenido —«o no se atrevió», pensó—, puntualizar demasiado sobre ciertos sucesos, cuya publicidad podría haberle acarreado algunos perjuicios. Pero en otra parte, en la alcaldía, en la oficina del comisario, sin duda, debían encontrarse más datos, que sí debían haber sido registrados en documentos oficiales. Sería cosa de investigar, se dijo.

Su antepasado había muerto allí, no cabía duda. Lo decía la historia y hasta mencionaba una reseña del acto del entierro. Pero ¿por qué no aparecía la tumba de un famoso pistolero?

Consultó su reloj. Iban a dar las doce de la noche. Estaba leyendo desde las nueve. Casi tres horas, sin interrupción. Sentíase un poco cansado y empezó a pensar en la necesidad de apagar la luz.

De pronto, creyó oír a lo lejos una distante musiquilla. Aguzó el oído. En el absoluto silencio de la noche, las notas de un piano, en el que alguien interpretaba una vieja melodía, llegaron con toda claridad a sus tímpanos.

La curiosidad le hizo saltar de la cama. Aún no se había desnudado y estaba con la camisa y los pantalones, aunque descalzo. Se acercó a la ventana. Desde allí podía divisar la calle Mayor del viejo pueblo. Había muchas luces; parecía reinar la actividad de los tiempos idos.

Durante unos segundos, permaneció allí. Luego, de pronto, se puso los zapatos y echó a correr hacia la puerta.

En el sector nuevo de Black Sands, nadie parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía. Bohum ganó la puerta de la calle y se dirigió con paso vivo hacia el saloon, que era donde sonaba la música.

En pocos momentos cubrió el trecho y llegó ante la puerta de la cantina. Entonces presenció un espectáculo sorprendente.

Sintió que se le erizaban los cabellos. Sentado ante su instrumento, el pianista ejecutaba una alegre melodía… con sus manos de dedos descamados. Un poco más allá, una chica de saloon bailaba con un vaquero… Bajo las ropas, no había otra cosa que el esqueleto.

El barman era asimismo un esqueleto, cuya calavera parecía reír burlonamente. Los jugadores manejaban las cartas con sus manos esqueléticas. Un pistolero, sentado a una mesa, revisaba su revólver. Era también, otro esqueleto, sin ojos en la cara, sin labios, sin orejas… con los huesos desprovistos en absoluto de carne.

Bohum sintió que todo le daba vueltas a su alrededor. La música se hizo repentinamente estridente, ensordecedora, y explotó ruidosamente en el interior de su cráneo. Un gigantesco manotazo apagó de repente todas las luces y ahogó todos los sonidos, y la noche se hizo absoluta para él.

* * *

Despertó, bostezando aparatosamente. El sol entraba ya a raudales por la ventana abierta. Estiró los brazos, satisfecho; en alguna parte, cantaba un pájaro. Pero, de súbito, recordó los acontecimientos de la noche pasada y se sentó de golpe en la cama.

Miró sus ropas. Tenía el pijama puesto y estaba en la cama. Pero no recordaba haberse acostado. Había ido al saloon, atraído por la música, y había visto aquella macabra escena, en donde todos los

que se hallaban en el interior de la cantina eran esqueletos. Instintivamente, se puso una mano en la nuca. No, no había señales de golpe.

Pero se había desmayado. ¿De terror?

Estuvo así unos instantes; luego, reaccionando, saltó de la cama y se encaminó al cuarto de baño.

El agua fría le tonificó considerablemente. Después de vestirse, bajó al comedor. Meg le recibió con la sonrisa en los labios.

—Se le han pegado las sábanas, ¿verdad? —dijo alegremente—. Bien, siéntese; le serviré el desayuno dentro de cinco minutos.

Bohum alargó una mano.

—Meg…

La chica se volvió.

—¿Sí, señor?

—No. —Bohum sacudió la cabeza—. Nada, no se preocupe.

Volvería más tarde al saloon, de nombre clásico: Belle Union. El de Jane Egan se llamaba Alhambra, y también frecuente en aquellos establecimientos.

El desayuno era sabroso y abundante. Bohum comió con verdadero apetito.

—Se ve que le sienta bien el aire de la comarca —comentó Meg al disponerse a recoger el servicio—. A propósito, Harrison vendrá en seguida; ya le he avisado de que se había despertado.

Bohum miró a la joven, sorprendido.

—¿Harrison? —repitió.

—Claro —contestó ella—. Me imaginé que quería visitar el cementerio. Harrison es la persona más adecuada para acompañarle. Cuando termine la visita, dele cinco dólares; se lo agradecerá.

—Sí claro…

—Ah, aquí está —exclamó Meg de súbito—. Joshua, te presento al señor Bohum. Este es Joshua Harrison, el conservador del cementerio y de la ciudad vieja.

Bohum se había puesto ya en pie y estrechó la mano que le tendía aquel individuo de unos cincuenta años, rostro arrugado y mirada entre sarcástica y recelosa. Harrison era de baja estatura y tenía las piernas arqueadas, como los jinetes.

—Bien venido a nuestra ciudad, señor Bohum —saludó

cortésmente—. Es para mí un honor muy señalado conocer al descendiente de uno de nuestros hombres más famosos.

—Temo que la fama de mi antepasado no sea demasiado buena —sonrió el joven.

—Oh, usted no es culpable de las cosas malas que hizo. Pero no era el único «hombre malo» de la época; los hubo aún peores... ¿Cuándo piensa ir al cementerio, señor Bohum?

—Estoy a su disposición, señor Harrison.

—Llámeme Joshua, simplemente. Ah, permítame un consejo, muchacho; cómprese un sombrero. Si está con la cabeza descubierta más da diez minutos, el sol le derretirá los sesos como si fuesen de mantequilla.

—Es un buen consejo, en efecto —convino Bohum—. Me lo compraré ahora mismo, si me indica el lugar apropiado.

—Venga conmigo —dijo Harrison—. Meg, te veré más tarde.

—Está bien, Joshua. Hasta luego, señor Bohum.

El joven hizo un gesto con la mano y salió del hotel.

—Vamos a la tienda de Jeff Arvish —indicó el guía—. Jeff no estará; tiene una punta de reses en Green Creek, pero nos atenderá su esposa.

La señora Arvish era una mujer guapa, de carnes abundantes y ojos escrutadores y maliciosos. Bohum se sintió incómodo bajo la mirada de la mujer, que parecía desnudarle mentalmente. Glenda Arvish se mostró amable y cortés y le aconsejó sobre la mejor clase de sombrero, a la vez que decía sentirse encantada de conocer al descendiente de tino de los más famosos personajes de la historia antigua de la ciudad.

Bohum eligió pronto el cubrecabezas. Al abonar su importe, Glenda hizo un movimiento y su seno izquierdo se aplastó durante un instante contra la mano del joven. Bohum la miró. Ella tenía la boca entreabierta y en sus ojos había un extraño brillo.

«Su esposo debe de ser poco para una mujer de su clase», pensó el joven de inmediato.

—Encantada de haberle conocido, señor Bohum —dijo la mujer.

—Ha sido un placer, señora Arvish —contestó él.

Un hombre entró en aquel momento. Era alto, delgado, de pómulos salientes y vestía camisa caqui, con bolsillos, y pantalones que estaban metidos dentro de unas botas de media caña. En la

mano derecha tenía un rifle de repetición.

—Hola, Glenda —dijo el recién llegado—. ¿Puedes darme una caja de cartuchos?

—¿Sales de caza, Nigel Brown? —preguntó ella.

—Sí, en efecto. Vi ayer un hermoso ciervo macho, pero se me escapó.

—¿Con tu puntería, Nigel? —rió Glenda.

—Se hacía ya de noche y estaba un poco lejos. Hoy no se me escapará, descuida.

—Eso espero. Ah, Nigel, te presento al señor Bohum. Es descendiente de Siddo Bohum, el famoso pistolero.

Brown se volvió hacia el joven.

—¿Cómo está? —saludó.

—Hola —dijo Bohum.

—Me hubiera gustado vivir en aquella época —manifestó el cazador—. Siddo no se me hubiera escapado. Sólo era bueno con los revólveres.

—La gente se especializa —contestó el joven.

—Sí, en matar por la espalda, como su antepasado —dijo Brown hirientemente.

Bohum se puso las manos ante el pecho.

—Le juro que yo no estaba aquí entonces —exclamó.

Harrison le puso una mano en el hombro.

—Será mejor que nos marchemos —propuso—. Y tú, Nigel, no molestes a este muchacho; a fin de cuentas, no tiene la culpa de lo que hiciera su antepasado. Aunque, a juzgar por lo que he oído, tu bisabuelo no debía de ser mucho mejor.

—Por lo menos, mataba cara a cara…

—Matar, cara a cara o por la espalda, es siempre un asesinato —cortó Harrison, fríamente—. ¿Nos vamos, señor Bohum?

—Sí, claro.

En la calle, Harrison dijo:

—No haga caso de lo que diga ese idiota. Le gusta desempeñar el papel de hombre malo, sobre todo, delante de los forasteros, y más si son turistas estúpidos. A decir verdad, no creo que uno de sus antepasados viviera en Black Sands en aquella época. Pero como el apellido es bastante corriente y hay una tumba en la que figura el nombre de Brown… ¿Me comprende usted, señor Bohum?

El joven sonrió.

—¿Por qué no me llama Burt?

—Gracias, muchacho. Repito, no haga caso a ese idiota. Fanfarronea mucho, eso es todo.

—Lo tendré en cuenta.

Momentos después, llegaban al cementerio. Harrison, con el tonillo habitual de los guías profesionales, empezó a recitar los detalles y sucesos más notables de los que había sido protagonista el individuo sepultado en cada tumba. El recorrido duró largo rato y, al fin, Bohum hizo una pregunta:

—En su opinión, ¿dónde está la tumba de mi antepasado?

—No se sabe —contestó Harrison.

—Pero lo enterraron aquí, de eso no hay duda.

—Muchacho, temo que no conoce bien la historia de Siddo. Meg le ha dejado la historia del pueblo, pero en ese libro faltan algunos detalles muy importantes. Yo creo que el autor no se atrevió a escribirlos, temeroso de sufrir la cólera del *sheriff*.

—¿Por qué?

—Bien, parece ser que Bohum era un hombre apuesto. El *sheriff* tenía una hija, muy guapa, Constance. Ella se enamoró del pistolero, cosa que al *sheriff* no le gustó nada. Entonces ordenó a Bohum que abandonase la población. Bohum no hubiese tolerado nada semejante de otro hombre que no fuese el padre de la mujer a la que amaba. Pero Constance se marchó con él.

—Y el *sheriff* se enfurecería, supongo.

—Puede imaginarse. Marchó en persecución de los dos, pero no pudo encontrarlos.

Más o menos, un año después, volvieron al pueblo. Constance tenía ya un niño de dos meses. El *sheriff*, sin más disparó contra Bohum y lo mató. Se enteró demasiado tarde de que Bohum y Constance estaban casados legalmente.

—Una tragedia —murmuró el joven.

—Pero ello no ablandó el corazón de aquel hombre, y Constance se marchó con su hijo, inmediatamente después del entierro de su esposo. Ya no volvió nunca más al pueblo. Lo único que hizo fue encargar una lápida para la sepultura, pero el *sheriff* visitó al enterrador y le prohibió que pusiera ningún nombre en la losa.

—Lo cual hace imposible ahora identificar el lugar donde

descansan los restos de mi antepasado.

Harrison sonrió maliciosamente.

—La verdad, si usted fuese otro, le engañaría, como hago con tantos turistas, a los que les encanta oír la historia. Venga, por favor.

Harrison condujo al forastero hasta un rincón del cementerio. Allí, entre matojos y flores silvestres, se veía una lápida de piedra, completamente lisa, oscurecida ya por el paso de los años.

—Esa es la tumba de Siddo Bohum —indicó.

El joven entornó los ojos.

—Tendré que venir a limpiarla de maleza —murmuró.

—Oh, si quiere que me encargue yo de ello…

—No, déjelo, muchas gracias; es algo que puedo hacer yo sin dificultad. Pero tampoco corre prisa. Siddo Bohum puede esperar un poco más, ¿no le parece?

Harrison soltó una risita.

—Sí; no tiene ninguna prisa —convino.

Los dos hombres iniciaron el regreso al pueblo. Ninguno de los dos se dio cuenta de que la losa sepulcral empezaba a girar lentamente hacia arriba, hasta quedar separada del suelo unos diez centímetros.

En aquel hueco oscuro, tenebroso, dos ojos que parecían brillar como los de un felino, contemplaron fijamente las dos siluetas que se alejaban por la pendiente de la loma. Después la lápida volvió a descender y la tumba recuperó su aspecto habitual.

CAPÍTULO III

Jane Egan llegó ante la mesa y depositó en ella una jarra de cerveza.

—La visita al cementerio ha resultado interesante, supongo —dijo sonriendo.

—Mucho —contestó Bohum—. Sobre todo, porque he conocido datos inéditos de la historia de mi antepasado, que no había oído hasta el momento.

—¿Le interesaba conocerlos?

Bohum miró escrutadoramente a su interlocutora. Era una mujer con un poderoso atractivo sensual ¿Casada?, se preguntó.

—Imagínese —sonrió—. En casa se hablaba con frecuencia del bisabuelo pistolero. Hoy casi es un honor contar con un antepasado de esa clase.

—Yo no diría lo mismo…

—Jane, en Europa hay personas nobles, cuyos antepasados fueron piratas, forajidos, cazadores de esclavos… Nadie se siente ofendido por tener esa especie de ascendientes en la familia.

—Si lo miramos así, no hay nada que objetar, en efecto. Pero ¿por qué le interesa tanto conocer la historia de Siddo Bohum?

—A fin de cuentas, perteneció a la familia. Usted conoce esa historia, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Sucedió en 1880, aún no hace un siglo, puesto que estamos en 1979. La bisabuela Constance tenía diecinueve años entonces y alcanzó una edad muy avanzada, exactamente noventa y un años.

—Entonces, llegó a conocerla —exclamó Jane, asombrada.

—Murió en el cincuenta y dos y yo tenía entonces seis años.

—¡Fantástico!

—Era una mujer encantadora, se lo aseguro.

—¿Le habló de esa historia?

—No, nunca. Ni siquiera a su hijo, mi abuelo paterno. Sólo le contó, cuando ya era mayor, algunos detalles de la muerte de su padre, pero sin profundizar demasiado. Entre paréntesis, la bisabuela Constance no volvió a casarse de nuevo.

—Murió fiel a su primer amor.

—Exactamente.

—Una historia conmovedora, señor Bohum.

—Sí, lo es.

Bohum apuró la cerveza y dejó unas monedas sobre la mesa, a la vez que se ponía en pie.

—Gracias, Jane.

Al salir del Alhambra, encaminó sus pasos hacia el Belle Union. Una vez allí, contempló desde la puerta el interior del saloon.

La noche anterior había visto aquel mismo lugar lleno de esqueletos, que se movían de la misma forma que lo habían hecho los vivos cien años antes. ¿Había sido un sueño?

Maquinalmente, se tocó la nuca otra vez. No, no había la menor señal de un golpe, que le hubiese privado del conocimiento. Nadie le había atacado, se dijo; todo había sido una pesadilla. Al despertar, se había encontrado en la cama, con el pijama puesto y las ropas de vestir en completo orden. Todo había sido un sueño, se repitió, una y otra vez.

De repente, le pareció ver que algo se movía al otro lado del mostrador.

Allí había una puerta que comunicaba con el interior de la cantina. Estaba moviéndose, giraba muy despacio, para cerrarse sin ruido.

Saltó hacia adelante y cruzó el saloon velozmente. Abrió la puerta y se encontró en una habitación en la que abundaban los trastos viejos, muchos de ellos cubiertos de polvo.

En el centro divisó una trampilla, que, sin duda, daba a un subterráneo. Lentamente, se acercó y se inclinó para agarrar el asa y levantarla.

La trampilla resistió sus esfuerzos. Era indudable que ya no funcionaba, debido al paso de los años. Las bisagras parecían completamente oxidadas, lo mismo que el asa de hierro.

Miró de nuevo hacia la puerta. En aquel cuarto había una ventana, con un par de cristales rotos.

—Todo son fantasías —murmuró—. El viento, simplemente, cerró la puerta.

Regresó a la sala. ¿Quién había guardado los maniquíes que había visto a su llegada?

Se lo preguntaría a Harrison, encargado también de la conservación de los viejos edificios. Seguramente, él estaba en contacto con las compañías de viajes que transportaban turistas hasta el pueblo.

Salió a la calle, felicitándose de haber seguido el consejo de Harrison. El sol era muy fuerte y el sombrero le protegía satisfactoriamente. Se puso un cigarrillo en la boca, lo encendió y caminó con paso mesurado, de vuelta al hotel. Cuando llegó, vio a Meg, sentada en una mecedora, bajo la protectora sombra del porche.

—¿Qué tal la visita del cementerio? —preguntó ella.

—Muy interesante —sonrió Bohum.

Meg le indicó otra mecedora.

—Siéntese —invitó.

* * *

—De modo que llegó a conocer a la esposa de Bohum —exclamó Meg, cuando el joven hubo terminado su relato.

—En efecto, aunque ciertos detalles de su historia me habían resultado desconocidos hasta hoy —dijo Bohum.

—Mi abuelo siempre dijo que el *sheriff*, dejando de lado sus indudables cualidades como representante de la ley, fue siempre un hombre muy violento. No me extraña que enloqueciera al ver a su hija, con un niño de pecho en brazos.

—¿Su abuelo? —repitió él.

—Claro. Era hijo de un hermano del *sheriff* Payne.

—Vaya, es una sorpresa… Casi somos parientes, Meg.

—En cierto modo —sonrió la chica.

—Yo había pensado en una coincidencia de apellidos…

—No. Yo desciendo de William Payne, hermano del *sheriff*. William no aprobó nunca la conducta de su hermano, y así se lo

hizo saber, sin temor a sus posibles reacciones. Es más, incluso quiso que Constance se quedara con ellos, pero la joven viuda prefirió marcharse. Supongo que usted sabrá más que yo sobre lo que hizo a partir de entonces.

—Bueno, se estableció en San Diego, el niño creció, se casó, tuvo un hijo, éste se casó a su vez y tuvo otro hijo…, que soy yo. Eso es todo, Meg.

—Una curiosa y conmovedora historia. ¿Ha encontrado la tumba de su antepasado?

—Sí, y pienso ir a limpiarla de malezas en cualquier momento. También encargaré, pero sin prisas, que hagan la inscripción que le negó el *sheriff*.

—Es una excelente idea —aprobó Meg—. ¿Ha visto algo en el Belle Union?

Bohum volvió los ojos hacia la chica.

—¿Por qué me lo pregunta? —quiso saber.

Meg pareció de repente un tanto preocupada.

—Anoche me pareció oír ruido allí…

—¿De veras?

—Mi dormitorio da a la parte posterior del edificio. No estoy segura, pero creo que alguien tocaba el piano a medianoche.

«Entonces, es cierto; no fue una pesadilla», pensó Bohum.

—Pudo ser algún bromista —dijo.

—No lo creo.

—¿Por qué?

Meg se puso súbitamente en pie.

—Dispénseme, por favor —rogó con voz tensa.

Bohum se incorporó también.

—Si la he molestado…

—No se preocupe, señor Bohum.

—Llámeme Burt, por favor.

—Sí, Burt. Avíseme cuando quiera almorzar.

—Claro.

Meg se metió en el hotel. Bohum encendió un cigarrillo.

Al otro lado de la calle, Glenda Arvish le miraba desde la puerta de la tienda. Tenía la cara en sombras pero el sol daba de lleno sobre su pecho opulento. Bajo la tela del vestido oscuro, los senos resaltaban poderosos, terriblemente excitantes.

Glenda sonrió largamente. Luego dio media vuelta y se metió en el local.

Bohum estuvo todavía un rato en el porche. Luego entró y pidió a Meg que le preparase el almuerzo.

—Lo tendré listo dentro de diez minutos —contestó ella.

—Bien; mientras, me lavaré las manos.

Bohum subió a su habitación. Abrió la puerta y entonces vio el mensaje que alguien había dejado en la cama, prendido a la almohada con un alfiler.

Arrancó el papel y leyó:

Si te quedas en Black Sands, alguien grabará tu nombre en una lápida sepulcral.

* * *

El sol caía como una bola de fuego hacia las cumbres lejanas. Desde la ventana de su dormitorio, Bohum contemplaba tanto el escaso movimiento de gente en la ciudad nueva, como la absoluta soledad de la vieja. Se preguntó si aquella noche volverían los esqueletos a divertirse en el Belle Union.

¿Salían de sus tumbas, para volver a la vida que habían llevado un siglo antes?

Con los dedos de una mano, acarició el extraño mensaje que alguien le había dejado sobre la cama.

«¿Quién?», se preguntó.

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta.

—La cena estará lista dentro de quince minutos —anunció Meg.

Bohum se puso en pie. Estuvo unos momentos indeciso y luego fue hacia su maleta.

Levantó la tapa. El forro apareció ante sus ojos y lo despegó con todo cuidado, para sacar un papel, que desplegó cuidadosamente.

Estudió el plano detenidamente. Luego volvió a doblarlo y lo guardó bajo la camisa. Dejó la maleta tal como estaba, echó las presillas y se encaminó hacia la puerta.

Después de cenar, salió del hotel y se encaminó al almacén. Los grandes ojos de Glenda Arvish le contemplaron desde el otro lado del mostrador.

—¿Puedo serle útil en algo, señor Bohum?

—Sí, por favor. Deme una buena linterna, con pilas de repuesto.

—Ahora mismo.

Glenda preparó un paquete con el pedido y se lo entregó a su cliente. Al recibir el dinero, rozó fuertemente con sus dedos los del joven. Bohum la contempló unos segundos; no sólo en la mano, sino en los ojos sensuales de la mujer había una llamada que no podía ignorar.

—Está buscando la tumba de su antepasado —dijo ella.

—La he encontrado ya, señora.

—Pero quizá ignora detalles…, que yo puedo facilitarle.

—¿Sí?

—Ahora, no, claro.

—¿Cuándo?

—Venga más tarde. Por la puerta posterior.

Bohum asintió.

—Sí, señora.

Salió del almacén y regresó a su cuarto. Aún quedaban algunas horas hasta el momento de la cita. Decidió que podía dormir un poco y pensó que sería prudente protegerse adecuadamente.

A los pocos minutos, apagó la luz y se tendió en la cama. Fumó un cigarrillo en la oscuridad, pero no tardó en sentir sueño. Apagó la colilla en el cenicero y cerró los ojos.

De repente, cuando más profundamente dormía, oyó un extraño ruido.

Alguien había entrado en el dormitorio. Bohum se sentó en la cama.

La puerta, abierta primeramente, había vuelto a cerrarse. El joven dudó unos instantes y encendió finalmente la lámpara de la cabecera de la cama.

Entonces vio al intruso caído en el suelo, después de haber tropezado con el alambre que él había puesto precavidamente, de lado a lado del dormitorio.

El intruso estaba completamente quieto. Se comprendía; sólo había huesos debajo de sus ropas.

* * *

Bohum tardó algunos segundos en reaccionar, después del

primer choque recibido por aquella horrible visión. Buscó sus ropas, se vistió rápidamente y corrió a la planta baja.

Meg dormía en la parte trasera del hotel. Llamó a una puerta y, al ver que no le contestaba nadie, abrió. Aquél no era el dormitorio de la chica, sino su despacho de trabajo.

El dormitorio estaba al lado. Al abrir la puerta, vio que Meg estaba profundamente dormida.

—¡Meg! —llamó.

La chica no se movió. Lleno de aprensiones, Bohum se acercó a su lecho y la sacudió ligeramente. Meg continuó sin dar señales de vida.

El rostro aparecía muy blanco, aunque respiraba regularmente. En unos segundos, Bohum adquirió la convicción de que Meg había tomado un poderoso sedante.

—A su edad —bufó.

Giró sobre sus talones y abandonó el dormitorio, para regresar al suyo. Al menos, apartaría aquel horrible esqueleto y…

Apenas hubo abierto la puerta, se detuvo en seco, como si le hubieran clavado los pies al suelo.

¡El esqueleto había desaparecido!

CAPÍTULO IV

Tocó suavemente con los nudillos en la puerta. Esta se abrió casi en el acto.

—Ha tardado demasiado —dijo Glenda, ávidamente.

—Lo siento, me dormí…

La mano de la mujer buscó en las tinieblas. Glenda tocó algo y soltó una risita. Bohum respingó. Ella, por fin, encontró su mano y tiró hacia adentro.

—Ven, sígueme sin miedo.

—Pero… tu marido…

—Oh, no te preocupes por él.

Glenda seguía tirando del joven. De pronto, se detuvo y Bohum tropezó inesperadamente con ella. Para no caer, buscó un asidero en la propia Glenda. Entonces, se percató de un detalle que no había captado hasta aquel momento.

—¡Diablos, estás desnuda! —exclamó, sin poder evitarlo.

Ella soltó una risita.

—No merece la pena perder tiempo —contestó cínicamente—. Bueno, ya estamos en el dormitorio. Anda, quítate las ropas.

Bohum se sentía pasmado. Nunca le había sucedido una cosa semejante.

«Casi es una violación», pensó, mientras sentía las manos ávidas de la mujer que le arrancaban las ropas a puñados. Después ella le empujó con violencia hacia la cama.

Glenda gruñía salvajemente, sumida en un paroxismo de sensualidad que la hacía olvidarse de todo sentimiento de pudor. A su pesar, Bohum se dejó arrastrar por el fuego de la pasión y correspondió con todo su ardor a las caricias de la mujer.

Pasó mucho rato, antes de que se sintieran momentáneamente

saciados. Entonces ella buscó cigarrillos y encendió dos.

—No me has defraudado —dijo, evidentemente satisfecha.

—Sí, pero… estás casada…

Ella hizo un gesto despectivo.

—Es lo mismo que estar casada con un árbol seco —contestó.

—Lo siento, pero no voy a estar aquí muchos días —dijo él, anticipándose a posibles solicitudes de prolongación de la aventura.

—Ya me lo imagino y no me importa. Pero comprenderás que no iba a desaprovechar la ocasión.

—Claro, claro —contestó Bohum con sorna—. ¿Lo haces siempre con forasteros?

—Sólo con el que vale la pena —dijo Glenda, maliciosamente.

—Me siento muy halagado al oírte hablar así. Pero creo recordar que me dijiste conocías detalles de la tumba de mi antepasado. ¿O lo he soñado?

Glenda se incorporó sobre un codo y le miró en la penumbra del dormitorio.

—Se dice que es la entrada a un túnel, que conduce a una mina de oro —contestó muy seria.

—Por favor…

—No bromeo —dijo la mujer—. Lo he oído siempre, desde que nací hace… Bueno —añadió con una risita—, no creo que te interese la fecha de mi nacimiento.

Bohum contempló unos instantes los senos, pesados, opulentos, rematados en los vértices erguidos y prietos, como los de una adolescente. No, la fecha de nacimiento no importaba en absoluto, admitió para sí mismo.

—Glenda, suponiendo que sea verdad, una mina de oro no es un sitio del que se extrae ese metal como si fuese el agua de una fuente, con cubos y vasijas. Se necesita mucha maquinaria, mucho trabajo y grandes esfuerzos, para conseguir unos gramos de oro de una tonelada de mineral. Alguien la habría puesto ya en explotación, ¿comprendes?

—Eso sí es cierto —convino ella—. Pero yo lo decía en sentido metafórico. Es verdad que allí se iniciaron las excavaciones para conseguir cuarzo aurífero, pero no se encontró y el túnel quedó abandonado. Ello ocurrió muchos años antes de la muerte de tu antepasado, lo que hizo que la gente olvidase casi por completo la

existencia de ese túnel.

—Sigue, es muy interesante —invitó Bohum.

—Había otros yacimientos y se hacían frecuentes envíos de oro, muchos de los cuales no llegaban a su destino. La leyenda dice que los ladrones escondían allí el producto de sus asaltos. El *sheriff* Payne llegó a descubrirlo y se tiroteó con los forajidos, a los cuales consiguió eliminar. No lo hizo solo, claro, sino ayudado por muchas personas, hartas de ser despojadas. Pero el *sheriff* murió en aquel tiroteo.

—Y ya nadie más se ocupó del escondite.

—Payne era el único que lo sabía. Hay quien dice que quería el oro, pero eso nunca se sabrá.

—¿Vas a hacerme creer que en todos estos años no ha habido nadie capaz de encontrar ese oro?

—Algunos lo intentaron, en efecto.

—¿Y…?

—El oro está protegido por los espectros de los ladrones. Uno de ellos, al morir, dijo que nadie podría aprovecharse de esa inmensa riqueza y que ellos seguirían custodiándola hasta el fin de los siglos.

Bohum contuvo las ganas que sentía de echarse a reír. En lugar de ello, fingió sentirse muy impresionado.

—Esos fantasmas pueden sentirse tranquilos —dijo—. No seré yo quien intente quitarles el oro que consiguieron tan «honradamente». Y dime, ¿qué te parece si cambiamos de conversación?

—¿De qué quieres que hablemos, Burt?

—Es una conversación para la que no se necesitan palabras —dijo él, a la vez que empezaba a acariciarle los senos.

Glenda suspiró ardientemente y le mordisqueó en una oreja.

—Tienes razón; no se necesita hablar —jadeó.

* * *

—No tiene buena cara, Meg —dijo el joven por la mañana.

—Es cierto. He dormido muy mal y, sin embargo, lo he hecho de un tirón, desde que me acosté, hasta las siete. Pero me siento embotada, con la boca espesa… Ni siquiera tengo ganas de desayunar.

—Le aconsejo que tome un par de tazas de café. O, mejor

todavía. Antes un vaso con sales y un par de aspirinas. Luego el café; verá qué pronto nota la mejoría.

Meg se marchó, después de haber servido el desayuno a su huésped. Treinta minutos más tarde, regresó al comedor.

—Usted tenía razón. He hecho lo que me aconsejó y empiezo a notar los efectos.

—Lo celebro —sonrió Bohum—. Dígame, ¿tomó algo antes de acostarse?

Meg arrugó el entrecejo.

—Suelo tomar un vaso de leche tibia, cuando voy a apagar la luz. Es sedante…

—¿También lo hizo anoche?

—Claro. Burt, ¿por qué me hace tantas preguntas?

Bohum sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—Pienso ir luego al cementerio —dijo—. ¿Querrá acompañarme? Si no tiene nada que hacer, por supuesto.

—Iré y me explicará…

—Le explicaré, se lo prometo.

Bohum salió del hotel y se encaminó al almacén de Arvish. Glenda atendía a un par de mujeres y le saludó con toda corrección, comportamiento que observó en todo momento, al escuchar el pedido que le hacía el joven. Glenda dijo tener de todo, aunque añadió que le costaría reunir las cosas un poco.

—No tengo prisa; iré mientras tanto a buscar mi coche —dijo él.

Pasadas las once de la mañana, Bohum regresó al hotel y tocó la bocina. Meg asomó casi en el acto.

—¿Piensa usar el coche para ir al cementerio? —preguntó, asombrada.

—Soy poco amigo de mover las piernas —contestó, él, enigmáticamente—. Vamos, suba y guíeme por el camino más adecuado para llegar al lugar donde un *sheriff* rencoroso decidió que cierto cadáver no merecía que su nombre figurase en la lápida sepulcral.

—No me mire así; no soy responsable de lo que hizo mi tío bisabuelo —dijo Meg en son de protesta.

—Ni usted ni yo somos culpables, pero puede que padezcamos las consecuencias de lo que hicieron nuestros antepasados —contestó Bohum muy serio.

—¿Al cabo de cien años?

—Meg, ¿por qué cree que ha dormido tan profundamente toda la noche y, al mismo tiempo, tan mal?

—No lo sé…

—Alguien puso un narcótico en su leche.

—¡Oh, no! —exclamó la chica.

—Yo entré en su dormitorio y traté de despertarla, pero usted ni siquiera me contestó.

—No puedo creerlo… Doble a la izquierda, por la primera calle —indicó Meg súbitamente.

Bohum hizo girar el volante. Luego sacó del bolsillo de su chaqueta el mensaje que había encontrado en su dormitorio antes de la cena.

—Lea, por favor.

* * *

La zaga del coche había quedado vuelta hacia la tumba. Meg observaba con gran detenimiento las operaciones que Bohum realizaba con rapidez y destreza.

En pocos minutos, mediante trozos de tubo de hierro, de medidas standard, como los usados para los andamios metálicos, Bohum construyó una cabria, de tres metros de altura, con su correspondiente motón. Luego, con la ayuda de un pico, cavó la tierra en los costados de la sepultura, para introducir unos ángulos de hierro, rectos, con una anilla en el extremo exterior.

Los ángulos, en total, eran cuatro, a cada uno de los cuales ató una cuerda de idéntica longitud. Así pudo construir un aparejo, que pendía del motón, al cual había hecho pasar ya la cuerda correspondiente. Una vez terminada la tarea, miró sonriendo a la chica.

—Un niño de pocos años podría levantar la losa sin dificultad —manifestó.

—¿Lo cree necesario? —preguntó ella.

—Alguien quiere que no lo haga…, pero ya lo estoy haciendo.

Bohum tiró de la cuerda. La losa ascendió lentamente. Medía dos metros de largo por uno de ancho y su espesor rebasaba los quince centímetros. El aparejo montado por el joven permitía que

aquel peso que rozaba la tonelada y media pudiera ser izado sin esfuerzo.

Meg contemplaba la escena sin aliento. Al cabo de unos minutos, la losa quedó separada un palmo de la sepultura y dejó ver un negro hueco, que, contra lo que había esperado, no desprendía fétidos olores. Aunque el aspecto sí resultaba muy impresionante, pensó.

—Meg, cuando yo se lo diga, pulse el retén —pidió él—. Es ese botón situado ahí…

Ella alargó el brazo. Bohum continuó tirando de la cuerda hasta que la losa quedó a un metro del suelo.

—¡Ahora!

Meg echó el retén. Bohum soltó la cuerda.

—Bueno, ahora ya podemos entrar sin miedo —sonrió—. Si se atreve, claro.

—Estoy muerta de curiosidad —confesó ella.

—Espere un momento.

Bohum fue al coche y volvió con una cantimplora y una linterna de gran potencia.

—Puede que estemos mucho rato ahí abajo —sonrió.

Se sentó en el borde de la sepultura y saltó a su interior. El suelo estaba a metro y medio del suelo y no había el menor rastro de un ataúd.

—¿La ayudo, Meg?

—No, no es necesario.

Meg saltó dentro de la tumba. Una exclamación brotó de sus labios al ver el negro túnel que se abría en uno de los extremos de la sepultura.

El suelo era liso y en aquel extremo empezaba una escalera que se hundía en el seno de la tierra. Bohum encendió la linterna, se agachó y emprendió el descenso sin vacilar.

Meg le siguió, llena de aprensiones. Después de saber que había sido narcotizada y que alguien había querido meter un esqueleto en el dormitorio de su huésped, llevándoselo a continuación, no las tenía todas consigo.

La escalera tenía más de treinta peldaños y a su final se iniciaba un túnel de unos dos metros de sección, bien entibado en algunos lugares. Bohum hizo una observación.

—Alguien lo usa a menudo —dijo—. Fíjese, no se siente el olor característico de los lugares cerrados, aunque sí se percibe la lógica humedad. Pero, en conjunto, no es desagradable, creo yo.

Meg asintió. A medida que avanzaban, la luz que penetraba por la tumba abierta se iba haciendo intensa. La utilidad de la linterna crecía a cada paso que adelantaban.

De pronto, Meg lanzó una exclamación:

—¡Miré, un ataúd!

Bohum fijó la vista en el féretro que había a pocos pasos de distancia. Pero antes de que pudiera hacer el menor comentario, se oyó un terrible estruendo.

La tierra vibró sordamente. Meg se volvió en el acto y emitió un grito de pavor.

—¡Burt, la losa ha caído!

CAPÍTULO V

El silencio volvió después del chillido de la joven. Meg, tras unos segundos de indecisión, echó a correr enloquecidamente hacia la escalera.

—¡Tenemos que hacer algo o moriremos de hambre y sed! —gritó frenéticamente.

—¡Meg! —tronó Bohum.

La voz del joven obró efectos casi mágicos. Meg se detuvo en el acto y le miró con ojos extraviados.

—Burt, usted no se ha dado cuenta…

—Lo sé perfectamente, pero venga y no tema. No moriremos de hambre y sed, se lo garantizó.

Ella retrocedió con paso vacilante.

—Es horrible… Encerrados aquí…

—No tanto como cree —sonrió Bohum—. Pero, si le parece, vamos primero a ver qué hay en el ataúd.

Meg dio un paso atrás.

—No me obligue a mirar —dijo, empavorecida.

—Sólo habrá unos huesos…, si se han conservado durante todo este tiempo —contestó él—. ¿Quiere sostener la linterna?

Ella accedió, aunque volvió la cabeza. Bohum se inclinó, tanteó los cierres de la tapa y después de soltar las presillas la levantó de golpe.

Inmediatamente, dio un salto a la vez que lanzaba una exclamación:

—¡Dios santo!

Meg se volvió y gritó una vez más.

—¡Harrison!

Bohum inspiró con fuerza. El cadáver del conservador aparecía

en el ataúd, en un principio, había supuesto era el de su antepasado. Harrison tenía las manos cruzadas sobre el pecho, pero nada podía ocultar el negro agujero que se veía en el centro de su frente.

Ya no había sangre en el rostro del muerto. Era evidente que había muerto muchas horas antes. Alguien lo había llevado hasta allí, su asesino, sin duda, pero ¿quién?

Bohum cerró el ataúd de nuevo. Destapó la cantimplora y se la ofreció a la chica.

—Es agua con un poco de coñac. Calma la sed y reconforta —dijo.

Meg tomó un par de tragos.

—Me…, me siento mejor…

—Lo celebro. Bien, cuando salgamos de aquí, tendremos que avisar a las autoridades competentes. El alcalde y el comisario están fuera del pueblo toda la semana, creo.

—Sí, vienen los viernes por la noche…, pero hoy es martes…

Bohum lanzó una mirada al ataúd.

—Hasta entonces, está seguro —dijo—. Meg, ¿ha oído la leyenda del túnel secreto y de la mina de oro?

—Claro, todos lo sabemos en la ciudad. Pero nadie se lo cree.

El joven meneó la cabeza. Glenda le había contado algo que él habría sabido muy pronto, un secreto a voces que no era sino una historia disparatada y que sólo los tontos podían creer. A Glenda sólo le había interesado el aspecto sexual del encuentro, eso era todo.

De pronto, se soltó dos botones de la camisa y extrajo un papel doblado en varios pliegues y que desplegó en el acto.

—Bien —dijo—, vamos a orientarnos por medio del plano de la mina secreta.

Meg sostenía la linterna con una mano y estuvo a punto de dejarla caer al suelo.

—¿Cómo? ¿Tiene usted un plano de la mina? ¿De dónde lo ha sacado?

—Las explicaciones, más tarde —contestó él evasivamente—. Por el momento, hemos de caminar doscientos pasos a lo largo de este túnel. ¿Le importa?

—Puesto que no puedo volver por la entrada, ¡qué remedio!

Bohum recobró la linterna y empezó la marcha. Diez minutos más tarde, llegaron a una glorieta, de la que partían tres galerías.

El joven tanteó los maderos del entibado.

—Hay muchos recientes —murmuró pensativamente.

—¿Qué camino hemos de seguir? —quiso saber Meg.

Bohum se metió por la galería que había a su izquierda. A los pocos pasos, se detuvo. Se había producido un derrumbamiento y el paso estaba cortado.

—Por aquí, no es —dijo—. El ramal iba hacia el Sur y nosotros seguiremos hacia el Norte.

Reanudó la marcha. Meg se sentía terriblemente aprensiva, al pensar en los metros de tierra que tenía por encima de su cabeza. Por otra parte, estaba completamente desconcertada, porque se daba cuenta de que Bohum no había ido a Black Sands meramente como un curioso, ávido de conocer detalles de un antepasado, y menos aún como un simple turista.

El suelo de la galería era ligeramente ascendente. Meg calculó que habían recorrido casi un kilómetro, en el momento en que el joven se detenía en el final del túnel, frente a una pared, en la que había tina escalera vertical.

Allí empezaba un pozo, cuya altura, a juzgar por la luz de la linterna, calculó en unos diez o doce metros. Pero la escalera terminaba a seis metros del suelo.

—Es imposible salir por aquí —dijo, desesperada.

Bohum sonrió.

—No tema, mujer de poca fe —exclamó—. Volvamos a la galería que se dirige al Oeste.

—No encontraremos una salida…

—Meg, espere para llorar a que yo le dé permiso, ¿estamos? —dijo el joven con cierta severidad. Se golpeo el pecho—. ¿Cree que este plano es una fantasía?

—¿Le concede usted crédito?

—Absoluto, aunque quedan algunos detalles por aclarar, pero eso lo haré en expediciones sucesivas.

Continuaron la marcha. Al llegar a la glorieta, Bohum sacó algo de uno de sus bolsillos.

—¿Qué es eso? —preguntó Meg, llena de curiosidad.

—Una brújula. Estoy fijando la orientación exacta de la galería

que acabamos de abandonar.

Al cabo de unos instantes, guardó la brújula y reanudó la marcha con paso firme. Pasado un largo cuarto de hora, se detuvo al pie de una escalera de peldaños de tierra muy dura.

—Estamos a dos pasos de la salida —sonrió.

Y subió la escalera a saltos, para detenerse en un rellano, sobre el que se divisaba un techo de madera. Meg le siguió, sintiendo que su asombro crecía a cada segundo que transcurría.

En aquel techo de madera había un cerrojo bien engrasado, que Bohum descorrió en silencio. Así pudo levantar una trampilla, cosa que hizo con mucho cuidado.

Antes de alzarla del todo, miró con los ojos a ras del suelo y sonrió.

—No me había equivocado —murmuró.

—¿Puedo saber en qué ha acertado?

—Usted tenía razón cuando dijo que había oído un piano. Yo vi una danza macabra…, pero se lo contaré luego con más detalle.

Bohum terminó de abrir la trampilla y saltó al interior de la estancia. Arrodillado, tendió los brazos a la muchacha. Meg se sintió izada como si fuese una pluma.

—Es fuerte —comentó.

—Un poco —sonrió él.

Meg se puso una mano en el pecho.

—Burt, créame, cuando oí el ruido de la losa que caía, pensé que íbamos a morir en esos túneles —dijo.

—El que dejó caer la losa también debió de pensarlo —contestó el joven.

Cruzó la estancia, abrió la puerta y se echó a un lado para que Meg pudiera pasar. Ella reconoció en el acto el lugar en que se encontraba.

—¡Es el Belle Union! —exclamó.

—Exacto —confirmó Bohum.

* * *

Bohum dejó a la muchacha en el hotel y se dispuso a marchar a pie hasta el cementerio. De pronto, vio a Jane Egan, que miraba a través de una de las ventanas de su cantina.

Un súbito impulso le hizo desviar el camino. Entró en la cantina y se dirigió hacia el mostrador. Extrañamente, había dos hombres bebiendo en una mesa.

Jane se situó en su sitio. Era muy atractiva, con el vestido de manga corta, que permitía ver unos brazos perfectamente torneados y cuya piel, sin duda, cuidaba ella de los embates del sol. El escote, mesurado, permitía, sin embargo, ver la iniciación de un pecho admirablemente formado.

—Cerveza, supongo —dijo ella.

—Sí, gracias.

—Hace mucho calor, Burt.

—Propio de la comarca. Por cierto, ¿ha visto a Harrison?

—No. No se deja ver con frecuencia, salvo cuando vienen forasteros o turistas. Y no es la época. Aunque estemos en agosto, y parezca un contrasentido, la gente viene aquí con cuentagotas. Los turistas prefieren venir en épocas menos duras; Navidad, Pascua… fines de semana. A la gente no le gusta tostarse, si no es en la playa.

—Comprendo. Jane, dígame una cosa, por favor.

—Sí, Burt.

—¿Cree usted en la leyenda de la mina de oro?

Una sonrisa irónica se formó en los jugosos labios de la mujer.

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Desde luego.

—Una vez estuve en Europa, como turista. Vi una docena de castillos y otros tantos puentes, la mitad de los cuales habían sido construidos por el diablo en una sola noche. ¿Cree usted en esas leyendas?

Bohum sonrió.

—Es una forma de contestar —dijo.

—La mina de oro, aunque distinta en su género, es otra fábula más, simplemente.

—Pero… y los forajidos que escondían el botín…

—Si lo hicieron, tenían compinches que se lo llevaron. O quizá lo hicieron los perjudicados, después de que fuese exterminada aquella banda. En Black Sands hubo oro, en efecto, pero se acabó hace un siglo. Ahora los pocos habitantes que hay viven de la ganadería la mayor parte. Hay un comerciante, el dueño de la gasolinera… y poco más. Pero, por otra parte, es un pueblo

tranquilo, aunque se anima bastante cada vez que vienen a rodar una película.

—¿Sucede eso con frecuencia?

Jane hizo un gesto ambiguo.

—Llevamos ya casi seis meses sin ver a la gente del cine. De todos modos, cuando van a iniciar el rodaje, avisan a Harrison anticipadamente. ¿Por qué no le pregunta él?

Bohum guardó silencio. Todavía tenía en las retinas la imagen del conservador, con aquel horrible agujero en medio de la frente.

—Sí, tal vez lo haga…

De pronto, un hombre apareció en el umbral, con una bolsa de viaje en la mano derecha.

—Hola a todos —saludó jovialmente.

Bohum se volvió. El hombre, joven, de aspecto agradable, avanzó hacia el mostrador, al pie del cual depositó la bolsa.

—Soy Norman Harrison, sobrino de Joshua —se presentó.

—¿Qué tal? —Dijo el joven—. Me llamo Burt Bohum. Ella es Jane Egan, propietaria de la cantina.

El recién llegado se quitó el sombrero de ala ancha que traía puesto, dejando ver un gran mechón de cabellos pajizos, a la vez que sonreía ampliamente. Tenía al rostro aniñado, pero Bohum adivinó detrás de aquella expresión de adolescente un carácter duro y curtido. No, no era tan joven como parecía; al menos tenía treinta años, calculó.

—Encantada —contestó Jane—. No sabía que Joshua tuviese un sobrino…

—Bueno, la verdad es que él y mi madre no eran precisamente lo que se dice hermanos muy unidos. Pero el parentesco existe, a pesar de todas las vicisitudes. Yo estaba sin trabajo y tío Joshua me escribió, diciéndome que podía proporcionarme un empleo.

—¿Aquí? —se asombró Jane.

—Sí, Tío Joshua dijo que iba a tomarse unas vacaciones y que ya me instruiría en los deberes del empleo. Incluso añadió que era posible que no lo encontrase a su llegada, por lo que me dejaría las instrucciones escritas en su casa. Por favor, ¿me pone algo de beber, señora Egan?

—Oh, sí, sí, dispénseme… ¿Cerveza?

—Con este calor, es lo más apropiado —sonrió Harrison—.

Sírvale otra al caballero, por favor.

—Gracias, pero ya me marchaba —contestó Bohum—. Celebro haberle conocido, señor Harrison.

—Llámeme Norman —dijo el recién llegado.

Bohum hizo un movimiento con la cabeza. Fue a pagar, pero Harrison se lo impidió un tanto aparatosamente. El joven, después de dar las gracias, se despidió y caminó hacia la salida.

Una vez fuera, se echó el sombrero sobre los ojos. Norman no encontraría a su tío, seguro. ¿Por qué no se lo había dicho?

Empezó a especular con la posibilidad de ir a buscar al comisario a su rancho. Lo consultaría con Meg, decidió finalmente, mientras tomaba el camino del cementerio.

Pronto divisó su coche. Pero unos segundos después, hizo un descubrimiento desconcertante.

El aparejo con el que había levantado la losa de la sepultura había desaparecido.

CAPÍTULO VI

Sentados en las mecedoras, a la fresca sombra del porche, parecían disfrutar de la calma y la tranquilidad del atardecer. Sin embargo, Bohum y la muchacha distaban mucho de sentirse completamente tranquilos.

—Burt, ¿qué pasa aquí? —exclamó ella de repente.

—Yo diría mejor: «¿Qué va a pasar aquí?». Porque tengo la sensación de que las cosas no han hecho más que empezar.

—Harrison está muerto…

—Y ha llegado su sobrino. Mírelo, ahora vuelve de la casa a la cantina.

Meg tendió la vista en la dirección indicada. El forastero, ataviado con una cazadora corta, sombrero, gafas oscuras, pantalones y botas camperas, cruzaba la calle oblicuamente en dirección al Alhambra. Su mano subía y bajaba rítmicamente. Algo chispeaba entonces. Debían de ser las llaves de la casa, pensó Bohum.

Harrison desapareció en la cantina.

—Meg, ¿oyó hablar alguna vez al viejo Harrison de su hermana?

—Vagamente. Creo que no se relacionaban muy bien. Sin embargo, nunca oí nada acerca de un sobrino.

—¿Cree que pueda tratarse de un impostor?

—En tal caso, ¿cuál sería el objeto de esa impostura? —replicó la joven.

Bohum suspiró. Aparentemente, no tenía sentido desempeñar el papel de sobrino de Harrison. Pero, de todos modos, la aparición de Norman había sido muy oportuna.

—Meg, me pregunto si sería conveniente informar al comisario del hallazgo del cadáver de Harrison —dijo Bohum de pronto.

—Creo que tendremos que hacerlo, Burt —contestó ella.

—Entonces, iré mañana…

—Le acompañaré. Usted no conoce el camino.

—No quisiera causarle molestias, Meg.

—Empiezo a sentirme nerviosa, Burt. Sobre todo, porque se acerca la noche.

—¿Teme ser narcotizada de nuevo?

—Por si acaso, no tomaré leche —aseguró ella.

—¿Quién puso el narcótico en su vaso?

Meg hizo un gesto indefinido.

—Tengo una asistenta, que me ayuda en la escasa tarea que hay en el hotel. Pero se marchó inmediatamente después de haber cenado. Puso todos los platos y demás en el lavavajillas, lo dejó en marcha y regresó a su casa.

—Y usted se quedó sola.

—Sí. —De pronto, Meg se enderezó—. Creo que ya sé cuándo me pusieron el narcótico, Burt.

—A ver, explíquese —solicitó él.

—Calenté la leche, como de costumbre, y luego dejé el vaso sobre el aparador, mientras iba al baño unos momentos. El vaso quedó junto a la ventana posterior, que estaba abierta.

—¿Le resulta muy difícil comprender que alguien aprovechó el momento para ponerle el narcótico en el vaso?

—No, ya no me cabe duda —respondió la chica—. Pero ¿con qué objeto?

—Tenía que subir a mi habitación, para dejar el esqueleto.

—¿Quién?

Bohum hizo un gesto con las manos.

—Posiblemente, el asesino de Harrison.

—¿Lo matarían en el subterráneo?

—Ignoramos lo que sucedió y cómo sucedió. Sólo sabemos que está muerto y que mañana por la mañana hemos de avisar al comisario… ¿Cuál es su nombre, Meg?

—Prentiss —repuso ella—. Es un buen hombre. Si ve que las cosas se le ponen difíciles, pedirá de inmediato ayuda a la policía del Estado.

—Eso reconforta bastante —sonrió él—. De todos modos, si quiere tomar leche, abra una botella, pero fíjese antes en el precinto

y no la pierda de vista en ningún momento.

—Lo haré así —prometió Meg—. Oiga, ¿cuándo me va a contar lo del plano de la mina? ¿Cómo llegó a sus manos?

—Es un poco pronto —dijo Bohum ambiguamente.

* * *

El silencio hubiera sido absoluto si los grillos hubiesen permanecido callados, se dijo Bohum, sentado junto a la ventana, en la oscuridad más absoluta. Por otra parte, no se percibía el menor sonido.

El pueblo viejo estaba en tinieblas. En el nuevo sólo había encendidos unos cuantos faroles, que apenas si permitían ver a dos docenas de pasos.

Era un ambiente lúgubre, reconoció el joven. Black Sands era un lugar en donde no le habría gustado asentarse definitivamente. De todos modos, esperaba no prolongar su estancia más días de los absolutamente necesarios.

Empezó a sentirse dominado por el sueño. Llevaba ya varias horas en su observatorio y, hasta entonces, no había ocurrido nada digno de mención. Empezó a pensar en la conveniencia de meterse en la cama.

Súbitamente se encendieron las luces del saloon. Las notas del piano llegaron a sus tímpanos con toda nitidez. Incluso le pareció oír voces y risas.

Inmediatamente, se puso en pie y corrió hacia la puerta, que abrió, para lanzarse escaleras abajo. Cuando llegaba al dormitorio de Meg, la vio salir, muy pálida y asustada, pero resuelta, a pesar de todo.

—Esta vez no me pusieron narcótico —dijo.

—Muy bien. ¿Se atreve a ir hasta el Belle Union?

—Sí, pero no quiero ir con las manos vacías.

Meg alargó el brazo hacia el interior del cuarto y sacó una escopeta de dos cañones.

—Con esto me siento mucho mejor —sonrió—. ¿Vamos?

Echaron a andar. El pianista del saloon parecía muy entusiasmado, a juzgar por el ritmo de su melodía, acompañada por las palmadas de la clientela. También se oían golpes de tacón.

En pocos instantes, llegaron a la puerta de la cantina. Bohum se asomó un instante.

—Son los esqueletos —dijo.

La muchacha asomó su cabeza por encima de los batientes de vaivén. Un fuerte escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Dios mío! No puede ser… Los muertos no pueden volver a vivir su vida anterior…

Era un espectáculo horripilante. Pero, de súbito, Meg vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

—¡No, eso no!

Bohum se alarmó y cruzó el umbral. Entonces se quedó atónito, incapaz de creer en lo que estaba contemplando.

Había una mujer que cantaba y bailaba en el escenario situado encima del pianista. Aquella mujer no era, ciertamente, un esqueleto viviente.

Podía afirmarse, sin lugar a error, que era la única persona descarne y hueso que había en el Belle Union. Bohum creía soñar. ¿Qué hacía allí Jane Egan… completamente desnuda?

¿Acaso sentía placer en ser admirada por unos espectros?

De repente, antes de que hubiera tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa recibida, oyó una voz en el exterior:

—No debieran haber metido las narices en donde no les importaba —dijo alguien.

Bohum se precipitó en el acto fuera de la cantina. Meg estaba allí, con la escopeta en las manos, contemplando con ojos llenos de horror al horrible esqueleto que se hallaba a cinco o seis pasos de distancia, vestido con ropas oscuras y con un revólver a la cintura.

—En este pueblo, los curiosos nos estorban —dijo el esqueleto con voz cavernosa.

—¡Ya mí, los fantasmas no me asustan! —gritó Meg de pronto, a la vez que levantaba la escopeta.

Apretó los dos gatillos a un tiempo. Por un segundo, Bohum pensó que iba a ver el esqueleto deshecho en mil pedazos. Pero no ocurrió nada de lo que esperaba.

Tras los fogonazos, que le deslumbraron momentáneamente, y los fragorosos estampidos, se oyó una carcajada que parecía brotar del seno de la Tierra. Luego el fantasmal pistolero desenfundó su revólver.

Bohum retrocedió. Espectro o no, el revólver parecía muy real, se dijo:

—Los curiosos estorban —dijo el esqueleto.

Y apretó el gatillo.

Meg gritó. Bohum dio un paso hacia adelante, pero el revólver tronó de nuevo.

Sintió un pinchazo en el pecho. A su lado, Meg se tambaleaba visiblemente.

Las piernas perdieron su fuerza. Intentó sostener a la muchacha, pero no pudo.

Meg emitió un hondo sollozo. Cuando caía de rodillas, Bohum alargó una mano hacia ella. Luego oyó una satánica carcajada.

Frente a ellos, la calavera del pistolero reía burlonamente. Fue lo último que percibió antes de sumirse en una profunda y silenciosa oscuridad.

Despertó de súbito y lanzó un grito de terror.

—Estoy muerto…

Miró con ojos desorbitados a su alrededor. No, no estaba muerto, sino en su dormitorio, vestido con el pijama. La luz entraba a raudales por la ventana abierta. Frente al hotel había un grueso olmo. Un pájaro cantaba entre las ramas.

Bohum se pasó una mano por el revuelto cabello. ¿Había tenido una pesadilla?

Los esqueletos que cantaban y batían palmas, acompañando a la melodía que tocaba el pianista, la desnuda cantante, que había resultado ser Jane Egan, el pistolero fantasma, al que dos disparos de escopeta no habían causado el menor daño, el revólver que sí disparaba…

Saltó de la cama y corrió al baño, en donde se desnudó de la cintura para arriba. Recordaba muy bien el pinchazo de la bala en el pecho. Pero no había habido tal bala.

Al lado de la tetilla izquierda, pero hacia adentro, vio un puntito rojizo, muy pequeño. Le escocía un poco y se lo frotó con agua de colonia. El escozor se disipó muy pronto.

El revólver disparaba agujas narcóticas, no balas de verdad. Alguien había desempeñado una comedia muy bien realizada. Luego les habían llevado hasta el hotel y, sin duda, habrían extraído la aguja, una vez cumplida su misión adormecedora.

Terminó de desnudarse y se metió bajo la ducha. Cuando terminó de vestirse, recordó algo.

Buscó en el bolsillo de su camisa.

—Era lógico —murmuró.

Pero no le preocupaba. Salió de la habitación y bajó al vestíbulo. Una mujer salía en aquel momento.

—¿Le sirvo el desayuno, señor? —consultó la asistenta.

—Luego —dijo el joven—. ¿Dónde está la señorita Meg?

—Aquí —contestó la aludida, en la puerta de su dormitorio. Estaba apoyada en la jamba y vestida todavía con el camisón y la bata corta—. Me he quedado dormida más de lo corriente…

Bohum se volvió hacia la asistenta.

—Señora Hatch, prepare café, mucho y muy cargado —ordenó.

—Sí, señor.

Bohum se acercó a Meg.

—¿No recuerdas? —preguntó.

Ella abrió los ojos bruscamente.

—Sí… Pero ¿no fue una pesadilla?

—Entra ahí mírate en el centro del pecho. Encontrarás la señal de un pinchazo.

—¡Oh!

Meg dio media vuelta corriendo y desapareció en su dormitorio, para hacerse visible a los pocos segundos.

—Burt, ¿qué ha pasado? —preguntó, muy aprensiva.

—Será mejor que te vistas —aconsejó él—. Recuerda, hemos de ir en busca del comisario.

—Pensé que había tenido una horrible pesadilla… La escena del Belle Union… El esqueleto que disparó contra nosotros… Yo descargué contra él los dos cañones de la escopeta y no le pasó nada…

—Quizá has pensado también que era un fantasma.

—Sí. De otro modo, le habría destrozado los huesos.

—Los fantasmas no disparan agujas impregnadas de narcótico —dijo el joven gravemente.

De pronto, entró en el dormitorio. Al ver la escopeta apoyada contra la pared, se apoderó del arma, hizo bascular los cañones y extrajo dos cartuchos de la recámara. Le bastó notar su peso para saber que estaban cargados.

—Meg, ¿comprobaste el arma antes de salir de casa? —preguntó.

—No. La había cargado por la mañana…

—Alguien tuvo todo el día de tiempo para quitar los perdigones de los cartuchos, dejando solamente la pólvora.

—¡No, Burt! —exclamó la muchacha.

—Es la única explicación congruente —aseguró él—. Luego, como ya estábamos narcotizados, tuvo tiempo más que suficiente para colocar dos cartuchos intactos en el arma. Anda, vístete pronto; tenemos que hablar con el comisario.

Media hora más tarde, subían al coche de Bohum. Cuando pasaron por delante del Alhambra, lo vieron cerrado. Era pronto todavía para abrir la cantina, pensó Bohum.

Pero, en su fuero interno, se prometió sostener una interesante conversación con Jane Egan. Y lo haría antes de que se pusiera el sol.

CAPÍTULO VII

Calhoun Prentiss escuchó en completo silencio el relato que los dos jóvenes le hicieron de los sucesos acaecidos los dos últimos días en el pueblo. Prentiss era un hombre de unos cincuenta años, bajo, fornido, con las piernas arqueadas por innumerables jornadas pasadas sobre la silla de montar. Con su vestimenta, parecía un hombre arrancado de pasadas épocas y trasladado a la segunda mitad del siglo XX.

Incluso llevaba revólver pendiente de la cintura, aunque bien sujeto por una trabilla, para que no se le escapara de la funda en algún movimiento brusco. Un poco más lejos de aquel lugar, dos jinetes vigilaban apaciblemente las reses que se movían perezosamente entre los pastos.

Había una cafetera sobre un fuego de brasas, de la que habían tomado unos sorbos en sendos potes. Al terminar su relato, alternado en determinadas ocasiones entre los dos jóvenes, Prentiss se puso un cigarro entre los dientes, se acuclilló, buscó un palito seco y lo acercó al fuego. Calmosamente, encendió el cigarro y aspiró unas cuantas bocanadas de humo antes de hablar.

—Está bien —dijo tras un largo silencio—. Vuelvan al pueblo; yo iré en seguida.

—Tengo mi coche, comisario —ofreció Bohum.

—No se preocupe; iré en mi *jeep*. Antes debo dar instrucciones a los muchachos y hacer un par de cosas que estimo imprescindibles. Pero les aseguro que no tardaré media hora en reunirme con ustedes.

—Siendo así…

En el tostado rostro de Prentiss se dibujó una sonrisa.

—Vayan tranquilos —insistió—. Ah, señor Bohum; prepare de

nuevo la cabria para levantar la losa.

—Sí, señor. De modo que tiene un *jeep* —dijo el joven, asombrado.

—Me gusta mucho el caballo, pero no desdeño las ventajas de la civilización —contestó Prentiss.

—Gracias —dijo Meg.

—Es mi deber, muchacha. Por cierto, ¿cuándo regresan tus padres?

—Aún no han dicho nada. De todos modos, creo que volverán pronto.

—Me alegraré de que tu madre vuelva curada por completo.

Meg hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, Burt.

En el coche, Bohum dijo:

—No sabía que tu madre estuviese enferma, Meg.

—Tuvo una temporada de decaimiento general. Llegamos a pensar lo peor; incluso el médico de Spotter Bluffs, que es la capital del condado. Por eso marcharon a San Francisco.

—¿Y?

—Anemia aguda.

—Eso tiene fácil remedio.

—Sí. —Meg sonrió—. Los médicos le han dicho que no se preocupe tanto de la línea. Le preocupaba el aumento de peso.

—¿Tan gorda estaba?

Meg se echó a reír.

—Eran aprensiones suyas. Las aprensiones de una mujer de cuarenta y tres años.

—Vaya, todavía es joven.

—Y muy guapa aún. Pero todo el mundo tiene sus manías, ¿no?

—Suele suceder. Ella quiso poner remedio a una enfermedad y resultó peor. Bien, no sabes cuánto celebro que no haya sido nada. Por cierto, tendré que comprar de nuevo los elementos para levantar la losa.

—¿Dónde estarán los otros, Burt?

—No lo sé. Es uno más de los misterios que no nos ha sido posible descifrar hasta ahora.

Era ya pasado el mediodía, cuando llegaron al cementerio. Bohum desmontó y fue hacia el maletero, mientras Meg se acercaba

a la tumba del pistolero. De pronto, Bohum oyó un grito.

—¡Burt, corre, ven!

Bohum abandonó el coche. Meg estaba junto a la sepultura, señalando la lápida con mano temblorosa.

—Mira —exclamó.

Bohum creyó soñar. Ya no era la losa sin nombre que alguien había puesto allí muchos años antes. Ahora había una inscripción, de ominoso significado:

BURT BOHUM
1946 - 1979

* * *

La pesada losa subió a lo alto y el hueco quedó al descubierto. Prentiss, con el cigarro entre los dientes, lo contempló críticamente.

—Nunca pude imaginarme que por ahí se pudiera entrar a la vieja mina —manifestó.

—Nosotros lo hicimos —dijo Meg.

—Y ahora lo haremos nosotros…, pero ¿recordará bien el camino, señor Bohum?

Inesperadamente, el joven se sentó en el suelo.

—No nos perderemos, se lo aseguro —contestó.

Atónita, Meg le vio manipular en el tacón de su bota derecha, que hizo girar a un lado, para separarlo y extraer de su interior un papel de muy fina textura, doblado en numerosos pliegues.

—Suerte que soy prevenido y tengo una copia del plano —dijo sonriendo—. Me han robado el original —añadió.

—Oh… ¿Quién, Burt? —exclamó la muchacha.

—No lo sé; estaba dormido.

Bohum se puso en pie momentos más tarde. Prentiss le miró un tanto recelosamente.

—De todos modos, me gustaría hablar con usted un poco más extensamente, señor Bohum —manifestó el comisario.

—Sí, señor. ¿Le parece que entremos? Yo iré primero, por supuesto.

—Bien, vamos allá.

Momentos después, iniciaban el descenso por la escalera. Bohum

iba en cabeza, con la linterna encendida. Prentiss, por su parte, llevaba otra.

Pronto encontraron el ataúd.

—Ahí está Harrison —indicó el joven.

Prentiss hizo rodar el cigarro entre los dientes.

—Ábralo —dijo.

Bohum se arrodilló, soltó las presillas y levantó la tapa. Inmediatamente, se oyó un agudísimo alarido.

El joven se levantó de un salto. Lo que había en el ataúd era un esqueleto, con los huesos apenas cubiertos por unos jirones de ropa semipodrida y maloliente.

—Admito que haber encontrado la vieja mina puede resultar interesante —dijo—. Pero no me gusta que me saquen de mi trabajo por fantasías más propias de dementes que de personas en su sano juicio.

—¿Va a dudar de mi palabra, señor Prentiss? —Gritó Meg—. Le juro que vi el cadáver del señor Harrison. Estaba ahí, con un balazo en la frente…

—Es cierto —confirmó Bohum, quien no se había recobrado todavía de la impresión sufrida—. No nos equivocamos ni habíamos bebido ni tampoco vimos visiones.

Y sólo recorrimos el interior de la mina, cuando alguien dejó caer la losa, para encerrarnos aquí.

—Querían matarnos de hambre y sed —añadió ella con vehemencia.

Prentiss se quitó el cigarro de la boca y lo tendió hacia adelante.

—Está bien —dijo—. De momento, les concedo el beneficio de la duda. Salgamos por el ramal que conduce al Belle Union.

—Yo les guiaré —exclamó Bohum.

Y echó a andar con toda decisión.

Momentos después, llegaban a la glorieta. Bohum enseñó la galería cegada por el derrumbamiento. Luego enfocó su linterna hacia el túnel que se dirigía hacia el Norte.

—Ahora saldremos por el saloon —dijo.

Reanudó la marcha con paso vivo. Diez minutos más tarde, se detuvo, completamente estupefacto.

—No, esto no puede ser…

—Dios mío, pero ¿qué pasa aquí? —dijo Meg, no menos

asombrada que el joven.

Sonó una risita.

—De modo que por esta galería se sale al Belle Union —murmuró Prentiss, mordazmente.

Bohum contempló la pared de roca que cerraba el paso. Desalentado, dejó caer los brazos a los costados.

—No lo entiendo —confesó.

—Será mejor que nos volvamos —propuso el comisario—. Y, por favor, cuando tengan pesadillas, busquen a un médico.

Bohum y Meg cambiaron una mirada. Prentiss había dado ya media vuelta y retrocedía en silencio hacia la entrada situada en la sepultura.

—Volveré a la noche —aseguró él en voz baja—. Todo no puede ser una pesadilla, Meg.

Ella asintió.

—Te acompañaré. Y esta vez me cercioraré de que hay postas en los cartuchos de mi escopeta —exclamó resueltamente.

Prentiss caminaba a una docena de pasos por delante de ellos. Pronto alcanzó la escalera y empezó el ascenso hacia el hueco de la sepultura. Cuando los dos jóvenes llegaban al pie de la escalera, vieron al comisario que se disponía a salir al exterior.

Ya tenía el torso fuera del borde de la sepultura y se disponía a tomar impulso para saltar. De repente, lanzó un horripilante chillido:

—¡No, eso no, imbécil! ¡Soy yo…!

La losa descendió súbitamente, con tremendo estrépito, cortando a mitad el alarido del comisario. Junto con el estruendo del impacto, se percibió un horrendo crujido de huesos destrozados bajo el peso de aquella piedra de tonelada y media.

Meg vaciló y tuvo que apoyarse en la pared. Bohum contempló, con ojos morbosamente fascinados, los últimos movimientos de las piernas de Prentiss, que se agitaban con violentísimos espasmos, últimos reflejos de una voluntad que ya no existía, aplastada por el abrumador peso de la lápida.

La sangre corrió a torrentes hacia el interior de la sepultura. Luego sobrevino un hondo silencio.

De pronto, Bohum se sintió poseído por una extraña sensación de peligro. Agarró a la muchacha por la cintura y la llevó lejos de

aquel siniestro lugar.

—Vámonos —murmuró.

Meg no tenía fuerzas para resistirse. Bohum sabía que aún había otra salida. Aquel pozo del lado norte…; aunque la escalera no llegaba hasta la boca, ya encontraría el medio de alcanzarla…

Repentinamente, se oyó un tremendo estrépito.

La tierra trepidó. Cayó polvo del techo del túnel.

Luego llegaron los sonidos típicos del derrumbamiento: crujidos de piedras que se rompían, chasquidos de maderas quebradas y rumor de grandes masas de tierra que caían de las alturas. Las vibraciones se alejaron poco a poco y, al fin, volvió el silencio.

CAPÍTULO VIII

Meg fue la primera en hablar, después de un largo rato.

—Burt, ¿qué pasa aquí? —preguntó afligidamente.

—No te preocupes. Saldremos adelante.

—Pero ahora… la losa cubre la sepultura de nuevo… El pozo del lado Norte ha sido volado con dinamita…

Y también se ha derrumbado el túnel que da al saloon…

Bohum pasó una mano por encima de los hombros de la muchacha.

—No te aflijas —murmuró con suavidad—. Encontraremos un modo de salir de aquí. Al menos, tenemos agua y una linterna… ¡No, dos linternas! —exclamó súbitamente.

Corrió hacia la escalera. La linterna de Prentiss yacía sobre uno de los escalones. Después de recogerla, miró hacia arriba.

La losa había aplastado horriblemente la mitad superior del cuerpo del comisario. Vaciló un momento, pero, haciendo de tripas corazón, terminó el ascenso y se apoderó de un revólver que ya no era necesario a su dueño.

Al regresar junto a Meg, la miró penetrantemente.

—Pienso que no todos son esqueletos y fantasmas —dijo.

—Sí, yo también creo lo mismo, Burt —convino ella.

Bohum se metió el revólver en la pretina de los pantalones.

—Vamos a echar un vistazo al lugar de la voladura —propuso.

Ella le siguió sin pronunciar una sola palabra. Quince minutos más tarde, se detenían ante un enorme montón de escombros. Bohum comprobó que alguien había usado expertamente la dinamita. No había ni la más mínima probabilidad de utilizar aquella vía de escape.

—Regresemos —dijo lacónicamente.

De pronto, Meg, desanimada, se dejó caer al suelo.

—¿Para qué? —exclamó—. Esta vez sí lo han conseguido. Nos han sepultado vivos. Nadie nos encontrará jamás aquí, Burt.

—¿Estás segura? Prentiss ha muerto. Se le echará en falta. Encontrarán su cadáver…

—Levantarán la losa y lo enterrarán en cualquier parte —alegó ella con vehemencia—. Todo quedará igual que estaba y nadie podrá encontrarnos.

—Glenda Arvish sabe que queríamos levantar la sepultura —dijo él, pensativamente.

—Si sospecha algo, callará por propia conveniencia, Burt.

—¿Lo crees así?

—Temerá ser asesinada, no te quepa la menor duda. ¿Qué harías tú en sus condiciones?

Bohum entornó los ojos. Luego se sentó junto a la muchacha.

—Tenemos una cantimplora llena de agua —dijo—. La traje porque no sabía el tiempo que íbamos a estar en la mina. Quería enseñarle todo… y, en especial la salida que da al Belle Union. Esta vez —añadió—, sólo hay agua en la cantimplora.

—El coñac me hubiera sentado bien —declaró Meg—. De todos modos, ¿qué importa ya? Me pregunto qué haré cuando empiece a sentir hambre…

—Quizá encontremos alguna rata. Yo tengo fósforos y hay madera en abundancia.

Meg se puso una mano en la boca.

—No digas cosas tan repugnantes, por favor —rogó.

—Bueno, era una posibilidad —contestó él, filosóficamente—. Cuando hay hambre, se come de todo.

Sacó cigarrillos, encendió uno y se lo ofreció a la chica. Meg rechazó con un movimiento de cabeza.

—No debieras fumar —le aconsejó—. El tabaco da sed.

—Bueno, el último cigarrillo —dijo él con trivial acento.

—Sí, el del condenado a muerte.

—Vamos, no seas lúgubre…

—¿Quieres que me ponga a cantar? Estamos enterrados vivos y la situación, me parece, no aconseja las manifestaciones de júbilo.

Bohum guardó silencio. Así, callados, permanecieron durante largo rato. Pero, de súbito, el joven se puso en pie.

—Meg, no podemos seguir así —exclamó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—No podemos permanecer con los brazos cruzados. Hemos de hacer algo para salir de aquí, ¿entiendes?

—Sí, pero… ¿qué? Yo no veo ninguna solución…

Bohum se levantó de un salto.

—Ven, sígueme —ordenó.

Ella se levantó también y echó a andar detrás del joven, que se movía con paso muy vivo. Unos minutos más tarde, Bohum se detenía ante el obstáculo que cegaba el túnel Oeste.

—Aquí —dijo—. Arrancaremos la tierra con las manos, con las uñas, si es preciso, a mordiscos, incluso; pero no nos resignaremos a morir inactivos. ¿Me has comprendido? ¡No somos borregos, Meg!

Los ojos de la chica se iluminaron.

—Es cierto —exclamó—. Aún podemos vivir, Burt.

Bohum se acercó al obstáculo y alargó las dos manos. De pronto, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Eh…?

—¿Qué pasa, Burt?

El joven no contestó. Recogió la linterna, que había dejado en el suelo y retrocedió unos cuantos pasos, a la vez que alumbraba los viejos maderos del entibado. Al cabo de unos momentos, se detuvo ante una viga vertical, que no sostenía otra transversal.

—Alúmbrame, Meg.

Ella utilizó las dos linternas, que sostenía con ambas manos. Bohum se acercó a la viga, tanteó un poco y la agarró, para tirar hacia atrás con fuerza, rápida y secamente.

La viga se despegó de la pared. Cayó un poco de tierra del techo, sin importancia.

Meg empezó a comprobar las intenciones del joven, aunque dudaba mucho de que su idea pudiera dar resultado. Bohum cargó con la viga de un modo singular, sosteniéndola con ambas manos, a la altura de su cadera derecha.

—Luz —pidió.

Ella enfocó las lámparas hacia el obstáculo. Bohum dudó un momento y retrocedió todavía cuatro o cinco pasos.

Súbitamente, arrancó hacia adelante, aunque resultaba patente que el peso de la viga le impedía correr a toda velocidad. Meg

contemplaba la escena con ojos fascinados.

En el último instante, Bohum hizo un supremo esfuerzo y lanzó la viga hacia el obstáculo. Pero no la soltó del todo, sino que, cuando todavía estaba en el aire, apoyó ambas manos en el extremo más próximo y aumentó de este modo la potencia de impacto del improvisado ariete.

Entonces el obstáculo se rompió. Hubo un gran estrépito de lona rasgada y maderas astilladas. La viga cayó al suelo y lo hizo retemblar. Atónita, Meg pudo ver que el paso estaba libre al otro lado.

Bohum se volvió sonriendo hacia ella, a la vez que tendía la mano invitadoramente.

—La puerta está abierta, señora —dijo.

—Es… increíble… Parece fantástico…

—Nada de fantástico. ¿No dices que aquí se ruedan películas en ocasiones?

—Sí, claro.

—Hemos destruido una magnífica obra, realizada por el departamento de decoración y efectos especiales de la productora de cine, cualquiera que sea ésta —dijo él. Miró hacia atrás y se puso serio un instante—. Pero la lápida que ha aplastado al comisario no era precisamente de *atrezzo*.

Inspiró profundamente, tocó la culata del revólver, como si quisiera darse confianza a sí mismo y cruzó el obstáculo.

* * *

Al atardecer, regresó al hotel.

—Todo está en perfecto orden —informó.

Meg le miró intensamente.

—¿Es posible que hayan hecho desaparecer el cuerpo de Prentiss?

—Incluso han lavado la sangre. Todavía hay humedad del agua. Sin embargo, esta vez no se han atrevido a llevarse el aparejo. Aún sigue allí.

—Y el pueblo está tan tranquilo… —Meg se estremeció—. ¿Es que nadie se da cuenta de lo que está pasando, Burt?

—Algunos disimulan. Otros, los más, es posible que ni siquiera

sepan lo que ocurre. Y si han visto algo, prefieren callar.

—Sí, seguramente —convino ella.

—Volveré luego —dijo Bohum, a la vez que se dirigía hacia la puerta de la calle.

—¿Adónde vas, Burt?

—Quiero hablar con Jane Egan.

Meg le vio cruzar la calle y entrar en el Alhambra. Hubiera dado algo bueno por estar junto a Bohum y escuchar su diálogo con Jane, pero pensó que su presencia podía ser un obstáculo y se mantuvo en el mismo sitio. De pronto, recordó la impúdica danza de Jane en el saloon y se puso colorada.

La señora Hatch llamó su atención en aquel instante.

—Meg, ¿vendrá el señor Bohum a cenar? —consultó.

—Sí, seguro —respondió ella sin volverse.

La devoraba la curiosidad, pero no se atrevía a moverse de su sitio. ¿Qué estaba diciendo Burt en aquellos momentos?

—No hay muchos clientes en su negocio, Jane —dijo Bohum.

La dueña de la cantina sonrió.

—Es mala época —contestó—. La comarca resulta demasiado calurosa en el verano y la gente prefiere las playas. Los viernes por la noche, sin embargo, esto se anima un poco con la gente que vuelve de su trabajo en los ranchos. De todos modos, en setiembre empezará a sentirse ya más animación.

—Aquí se ruedan películas de cuando en cuando —recordó él—. ¿Sabe si van a empezar alguna?

—No. Sin embargo, Jonathan Wheeler suele avisarme con tiempo.

—¿Quién es Wheeler?

—El representante de la productora. Nunca deja de enviarme un telegrama.

—Oh, comprendo. ¿Ha trabajado alguna vez en uno de esos filmes?

Jane sonrió.

—¿Le interesa saberlo?

—Era simple curiosidad; no me haga caso.

—Bien, es cierto; he trabajado en alguna ocasión. Nunca falta un papel de chica de saloon. —Jane rió brevemente—. Parece que doy el tipo, Burt.

Bohum la miró de pies a cabeza.
—No me cabe la menor duda —murmuró.
Ella dejó de sonreír.
—Deje de pensar en…, en eso —exclamó.
—Imposible —contestó él.
—Conmigo se ha equivocado, Burt.
—Me gustaría comprobarlo, Jane.
—No lo haga.
Bohum sonrió. Dio la vuelta al mostrador y se acercó a la joven. Puso las manos en sus costados y bajó la vista unos segundos hacia el fascinante escote.
«Anoche la vi completamente desnuda», pensó.
—Burt, por favor…
El joven no hizo caso de sus protestas. Poco a poco, con deliberada lentitud, aumentó la presión de sus brazos en tomo a la cintura de Jane, a la vez que se inclinaba para besarla. Ella entrecerró los ojos, evidentemente entregada. Su respiración se había hecho entrecortada y tenía los labios separados. La lengua, roja, húmeda, asomaba entre los dientes blanquísimos.
Pero, de repente, una voz deshizo el encanto de aquellos instantes:
—Hola —dijo alguien—. Oh, perdonen, no sabía que…
Jane recobró la consciencia y rechazó vivamente al joven, a la vez que se ponía intensamente encamada. Bohum maldijo entre dientes.
—Lamento haber sido inoportuno —se disculpó Norman Harrison, mientras avanzaba hacia el mostrador.
Jane se alisó la falda maquinalmente.
—¿Qué desea, señor Harrison?
—Cerveza, por favor.
Bohum salió de detrás del mostrador.
—¿Cómo está, Norman? —saludó cortésmente.
—¿Quiere acompañarme, Burt?
—No, gracias, ya he bebido.
—El señor Bohum se marchaba ya —dijo Jane.
Bohum volvió la vista, sorprendido, aunque no quiso dejarla en mal lugar.
—Sí, ya me iba —convino en tono neutro.

Salió a la calle y se tocó los bolsillos. Al observar que no tenía tabaco, giró hacia su izquierda.

Los ojos de Glenda Arvish chispearon al verle.

—¿Desea algo, señor Bohum?

—Cigarrillos, por favor.

—Claro.

Glenda le entregó un paquete. Sus dedos se enredaron un momento con los del joven.

—¿Esta noche? —sugirió en voz baja.

Bohum la miró un instante.

—¿Has oído una explosión hacia el Norte? —preguntó.

—Sí —contestó ella.

—¿Vendes dinamita?

—A la noche te diré el nombre del comprador —bisbiseó. Levantó la voz—. ¿Cómo estás, Sara?

Una mujer de mediana edad avanzaba hacia el mostrador. Bohum recogió el paquete de cigarrillos, dejó una moneda y se tocó el ala del sombrero con dos dedos.

La recién llegada le miró con curiosidad no disimulada. Calmosamente. Bohum atravesó la tienda y salió a la calle.

CAPÍTULO IX

Una chispa roja brilló en la oscuridad, del porche. Bohum aspiró el humo del cigarrillo. La voz de Meg sonó a sus espaldas.

—¿Cuándo piensas ir, Burt?

—Es pronto todavía. Aún veo luces en algunas ventanas. Quedan personas que no duermen.

—¿Lo estimas imprescindible?

—Sí.

—Ten cuidado con Glenda. Es una mala pécora.

Bohum se guardó mucho de mencionar la visita que había hecho a la mujer del comerciante. Meg estaba narcotizada aquella noche y no se había enterado de su salida.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con naturalidad.

—Todo el mundo lo sabe en el pueblo. Es una ninfómana.

—¡Meg!

—¿Qué te pasa? —contestó ella—. Ya tengo años para no asustarme de las cosas de la vida, creo.

—Pero… ninfómana…

—Bueno, quizá sea una palabra demasiado fuerte. Pero, de todos modos, ten cuidado, insisto. Sería capaz de hacerlo con un espantapájaros, sólo por el hecho de que lleva pantalones.

—Eres muy cáustica, Meg.

—Es la verdad, Burt.

—Pero ella sabe quién compró la dinamita que voló la entrada Norte.

—De todos modos, no te entretengas demasiado.

—Está bien, sólo lo justo. Y ahora, ¿por qué no te vas a la cama?

—No podría dormir —confesó Meg.

—¿Estás desvelada?

—«Algo» me desvela —puntualizó ella.

—¿Sí? ¿Qué es?

—Prentiss. He estado pensando mucho, Burt. No sé qué pasa en el pueblo, pero, sea lo que sea, Prentiss sabía algo. O quizá estaba de acuerdo con los que hacen… ese algo, sea lo que sea.

—¿Lo crees así?

—Recuerda —dijo Meg—. No parecía sentirse demasiado extrañado por saber que la tumba de Siddo era una de las entradas a la mina. Eso, sin embargo, no es concluyente; podría tomarse como muestra de su carácter flemático y poco dado al asombro.

—Es cierto —convino Bohum—. Parecía un individuo muy tranquilo.

—Siempre lo fue; pero ello no impediría, por ejemplo, que fuese cómplice del asesino de Harrison.

—Es posible, pero difícilmente probable.

—No tenemos pruebas, en efecto —admitió la chica—. Sin embargo, haz un esfuerzo y recuerda lo que dijo cuando tenía medio cuerpo fuera de la sepultura.

Bohum frunció el ceño, como si se concentrase en sí mismo.

—Dijo algo así como: «¡No, eso no, imbécil! ¡Soy yo…!».

—Exactamente —corroboró la chica—. Y eso significa que había visto al tipo que iba a soltar el retén y que quiso advertirle de su identidad, porque iba a cometer una equivocación, pero ya no había tiempo.

—Es verdad —murmuró el joven—. Lo reconoció… y ya era demasiado tarde.

Puso la colilla entre el dedo medio y el pulgar y la despidió de un violento papirotazo. La luciérnaga roja describió una parábola en la noche y cayó en el polvo de la calle, donde se deshizo en una diminuta lluvia de chispas, que se apagaron muy pronto.

—Y Glenda sabe algo —añadió.

—¿Seguro?

—El aparejo que llevé la segunda vez al cementerio era el mismo que me vendió en la primera ocasión.

—Lo habrás comprobado, supongo.

—Sí, había una pequeña marca en el motón… Además, el número de fábrica era el mismo; eso lo recuerdo perfectamente.

—Haz que hable, Burt —pidió ella con avidez.

—Descuida.
—Pero sobre todo… no caigas en la tentación.
Bohum sonrió en la oscuridad. Glenda, sin duda, le había hecho acudir a su casa, para sonsacarle. No había dicho gran cosa ni le había dado detalles de importancia. Era una partida que había terminado en tablas.
Pero ahora tenía una carta que le haría ganar; el aparejo de la cabria. Por error, le había vendido el mismo. O quizá no tenía otro y, en lugar de negarle la venta, lo había hecho por codicia.
—Soy un hombre muy fuerte —mintió.

* * *

Salvo los faroles del alumbrado público, ya se habían apagado todas las luces de Black Sands. Bohum se levantó, cruzó la calle y se dirigió hacia la puerta trasera del local.
Llamó con los nudillos, pero nadie le contestó. Extrañado, insistió, aunque sin hacer demasiado ruido, para no despertar a los durmientes de la vecindad. Acaso, se dijo, Glenda se había dormido, cansada de esperarle.
Hizo girar el picaporte y la puerta giró en silencio. Dentro de la casa no se percibía el menor ruido.
Después de cerrar, encendió la luz. Un poco más adelante, estaba la escalera que conducía al primer piso. Conocía el camino.
Subió lentamente, cuidando de tantear cada peldaño antes de afirmar el pie. En la otra ocasión, Glenda le había arrastrado literalmente hacia su lecho. Si estaba dormida, podía causarle un sobresalto al despertarla bruscamente, cosa que quería evitar.
El dormitorio estaba vacío.
La cama aparecía en orden. Bohum frunció el ceño. ¿Adónde se había marchado aquella mujer?
Revisó las otras habitaciones, que estaban igualmente vacías. No tardó en tomar una decisión.
Glenda había ido a alguna parte. Sin duda, sabía lo que sucedía en el pueblo. Conocía al asesino de Harrison y de Prentiss y en aquellos momentos se habría reunido con el sujeto. Lo mejor era abandonar la casa, antes de su regreso.
Había algo que le extrañaba, sin embargo. Si pensaba salir, ¿por

qué le había citado aquella misma noche?

Tal vez las circunstancias la habían forzado a salir, especuló consigo mismo. De todos modos, debía abreviar su estancia en aquel lugar.

Salió de la casa y cruzó la calle. Cuando alcanzaba el porche del hotel, una sombra destacó de la oscuridad.

—Has sido rápido, Burt —dijo Meg.

—¿Tenías que esperarme aquí precisamente?

—No podía dormir.

Bohum puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Dispénsame. Estoy un poco nervioso.

—No te preocupes. ¿Qué cuenta Glenda?

—Nada.

—¿Cómo?

—No está en casa.

—¿Adónde ha podido ir? —se extrañó Meg.

Bohum no tuvo tiempo de contestar. En aquel momento, sonó el piano en el viejo saloon.

* * *

Bohum y la chica volvieron la cabeza al mismo tiempo. Las luces del Belle Union se habían encendido.

Junto con las notas del piano, llegaban rumores de voces y risas, tanto de hombres como de mujeres. Meg se puso muy nerviosa.

—Otra vez los esqueletos… Jane estará bailando desnuda…

—Los esqueletos —murmuró él—. Pero ¿por qué, el primer día, cuando yo llegué, había maniquíes?

—Sin duda, Harrison esperaba turistas y los puso allí. Ordinariamente, esos maniquíes están guardados en un almacén trasero.

—Comprendo. —Bohum se volvió hacia la muchacha—. Hay una puerta posterior en el hotel, creo.

—Salgamos por allí, aunque fingiremos ir a nuestros dormitorios primeramente. —Bohum consultó su reloj—. Enciende la luz, desvístete y métete en la cama. Apaga a continuación y vuelve a vestirte a oscuras. ¿Habrá tiempo suficiente con quince minutos?

—Desde luego.

—Está bien; yo haré la misma operación.

Un cuarto de hora más tarde, con el mayor de los sigilos, se reunían en la puerta trasera. Bohum salió el primero y exploró los alrededores con la vista.

El sonido del piano llegaba lejano, pero nítido. En el pueblo, pensó, debían de estar habituados ya a que alguien tocase el piano a horas muy avanzadas. De lo contrario, no se comprendía que fuesen los únicos en dar señales de vida.

A tientas, buscó la mano de la muchacha y tiró de ella con suavidad.

—Llegaremos desde el Este —murmuró—. De este modo, si nos esperan, no podrán vemos, hasta el último momento.

—¿Llevas el revólver de Prentiss?

—Por supuesto.

Caminaron en silencio. Meg le guió por los lugares adecuados, hasta alcanzar los límites de la población antigua. Entonces dieron un rodeo para situarse en el lado del saloon.

El piano sonaba incesante. Bohum se preguntó de dónde saldrían las risas y los sonidos de voces, que se percibían en la cantina. Tendría que investigar a fondo, pero de día, se dijo.

Pronto llegaron a la esquina del Belle Union. El piano parecía sonar con más fuerza que nunca.

Paso a paso, Bohum se acercó a la ventana más próxima y contempló el espectáculo desde aquel observatorio. De súbito, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Las descarnadas manos del pianista se movían sobre el piano, pero las teclas permanecían quietas. La música, sin embargo, seguía sonando.

Repentinamente, sintió que la mano de Meg se crispaba sobre su hombro.

—Burt, mira allí —susurró la chica.

Los ojos de Bohum se dilataron al ver a Glenda Arvish junto al mostrador, con una copa en la mano. Era la única persona de carne y hueso de aquella terrorífica reunión.

Glenda, extrañamente, estaba ataviada a la moda del siglo pasado y vestía un aparatoso traje de seda verde, con muchos adornos y un desmesurado escote En aquel momento, se oyó una atronadora salva de aplausos.

Jane Egan salió al escenario, completamente desnuda, y empezó a cantar y a bailar. Bohum procuró captar las reacciones de Glenda. Pero ésta no parecía impresionada en modo alguno por aquel espectáculo, macabro y obsceno a un tiempo.

Inesperadamente, uno de los esqueletos se puso en pie. Glenda se separó del mostrador, como si fuese a acercarse a él. En el mismo instante, el esqueleto sacó un revólver y disparó.

Glenda gritó y se llevó las manos al pecho. Bohum se dijo que su expresión de horror estaba perfectamente fingida.

«Es toda una artista», pensó.

La música había cesado en el mismo instante en que sonó la detonación. Jane había dejado de bailar y se cubría en parte con una de las cortinas laterales del escenario.

De pronto, Bohum vio que aparecía sangre entre los dedos de Glenda. La mujer lanzó un horrible chillido, giró sobre sí misma, cayó de rodillas, dio otra media vuelta y acabó tendida de espaldas en el suelo.

Sus manos se separaron del pecho. Bohum pudo ver que la sangre salía a borbotones de la herida. No, no era ficción, se dijo.

—¡La han asesinado! —exclamó Meg, aterrada.

En el mismo instante, un arma de fuego detonó en alguna parte.

La bala se clavó en la madera, junto a la cabeza de Bohum. Meg emitió un pequeño grito de pavor.

—Disparan contra nosotros, Burt…

Bohum tiró de ella. Un segundo disparo sonó en el mismo sitio y un cristal voló en pedazos.

—De prisa, larguémonos —exclamó él.

En cuatro saltos, se sumieron en la oscuridad. El rifle misterioso continuaba haciendo fuego. Oyeron silbar muchas balas, pero lo suficientemente lejos como para no temer sus efectos.

Bohum se volvió a unos doscientos pasos de distancia. En el Belle Union ya no había ruidos y las luces estaban completamente apagadas.

—Regresemos —propuso.

Caminaron en silencio durante un buen rato, mientras daban un gran rodeo para volver al hotel. Cuando estaban cerca de la puerta, Meg se detuvo un instante.

—Burt, creo que deberíamos hacer algo —dijo—. Se ha

cometido un crimen…; el tercero, en realidad. Alguien tiene que saberlo, me parece.

—El comisario ha muerto —contestó él pensativamente—. Queda, sin embargo, el alcalde.

—Está en su rancho.

—¿No puedes avisarle por teléfono?

—No, no tiene. —Meg suspiró, desalentada—. Regresa invariablemente los viernes por la noche. No hay otro remedio que aguardar a mañana.

—Está bien, pero voy a darte un consejo.

—Sí, Burt.

—Ciérrate con doble vuelta la llave y ten la escopeta al alcance de la mano.

—Lo haré, descuida —prometió ella.

Momentos después, se separaban en el vestíbulo del hotel. Bohum subió al primer piso, mientras Meg se encaminaba a su dormitorio.

La muchacha abrió y dio un paso en el interior, para volverse hacia el interruptor de la luz. En el mismo momento, percibió una respiración sibilante a sus espaldas.

Ya no tuvo tiempo de gritar. Algo húmedo le tapó la nariz y la boca. Aquello olía de una forma desagradable y dulzona a un tiempo. Inmediatamente se dio cuenta de que debía contener la respiración, pero el asaltante golpeó su tórax con el puño y la hizo expulsar de golpe todo el aire que contenían sus pulmones.

La siguiente inhalación fue un acto reflejo, que no pudo evitar. Meg se dio cuenta de que iba a perder la partida El cloroformo empezó a hacer sus efectos. Sintióse invadida por un vivísimo terror, pero muy pronto perdió la noción de las cosas.

CAPÍTULO X

Bohum se levantó a una hora relativamente temprana, teniendo en cuenta que se había acostado muy tarde, y, al terminar de vestirse, se dirigió al comedor. Evelyn Hatch le sirvió el desayuno a los pocos momentos.

—¿No se ha levantado la señorita Meg todavía? —preguntó.

—Aún no, señor. ¿Quiere que la llame?

—No, gracias, déjela descansar.

Bohum se sirvió una taza de café. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Señora Hatch.

La mujer se marchaba ya y dio media vuelta.

—¿Sí, señor?

—Anoche… me pareció escuchar tiros… ¿Oyó usted algo?

Evelyn sonrió.

—¿Ha dicho tiros, señor?

—Sí, eso mismo.

—Temo que esté equivocado. O, al menos, yo no escuché nada. Vivo en el otro extremo del pueblo.

—Oh, pensé que dormía aquí…

—No, sólo vengo al hotel a trabajar. Me marcho a casa por las noches, después de servir la cena y dejar todo limpio. ¿Necesita algo más de mí, señor?

—No, muchas gracias.

Evelyn se marchó. Bohum atacó el desayuno con notable apetito. Ahora, pensó, iría al Belle Union y lo investigaría a fondo. En aquel saloon ocurrían cosas muy raras. Sin contar con el asesinato de Glenda Arvish.

Al terminar, se asomó a la puerta del hotel. Parpadeó, al ver

abierto el almacén general. Un movimiento impulsivo le hizo ir hasta allí, cruzando la calle, y, al llegar a la puerta, se detuvo y miró hacia el interior.

Había un hombre despachando tras el mostrador, un sujeto grueso, de cara blanda y fofa, y ojos acuosos. Una mujer le preguntaba en aquel momento:

—¿No se encuentra bien su esposa, señor Arvish?

—Oh, está perfectamente. Pero ha tenido que marcharse; su hermana está enferma y ella cuidará de sus niños durante una temporada.

Bohum oyó la respuesta y se retiró cautelosamente. Cuando llegaba al hotel, vio un auto detenido, del que se apeaba un individuo en aquel instante.

—Hola, amigo —dijo el recién llegado desenvueltamente—. Supongo que usted es Lemmy Breel, el nuevo actor al que contraté hace poco. Chóquela, hombre; soy Jonathan Wheeler, representante de la productora de cine.

—Estrecharé su mano con mucho gusto, pero no soy Breel —sonrió el joven—. Mi nombre es Bohum, Burt Bohum, y me alegro de conocerle, señor Wheeler.

—Vaya plancha —exclamó el recién llegado—. Creí que Lemmy me esperaría ya aquí…

—Por el momento, soy el único huésped del hotel. ¿Piensan rodar una película, señor Wheeler?

—Sí, claro; un tema de terror, que está ahora muy de moda. El presupuesto que tenemos no nos permite hacer películas de grandes catástrofes. Las de terror resultan muy baratas y proporcionan buenas ganancias.

—No me cabe la menor duda. Espero que resulte un filme interesante.

—Lo será, se lo garantizo —rió Wheeler—. Con su permiso…

Wheeler entró en el hotel y se acercó al mostrador, para tocar el timbre de percusión. Desde la puerta, con Un cigarrillo en los labios, Bohum le oyó hablar con la señora Hatch, para pedirle una habitación. Le chocaba que Meg no estuviera todavía despierta, pero pensó que, rendida por los acontecimientos, habría caído en un profundo sueño y aún tardaría en despertar.

Al cabo de unos momentos, echó a andar con naturalidad y se

encaminó al Belle Union. Allí, en su opinión, estaba la solución para aquel enigma que parecía absolutamente indescifrable.

Esta vez, iba preparado. Además del revólver de Prentiss, llevaba pendiente del hombro una bolsa de cuero, con algunos utensilios propios. Llegó al porche de la cantina, y lanzó una ojeada casual a la ventana donde se habían apostado él y Meg la noche anterior. Sí, allí estaba la huella del balazo y se veía el cristal roto por el segundo proyectil.

—Ese cerdo tiró a dar —gruñó.

Empujó los batientes de vaivén. El interior de la cantina ofrecía un aspecto absolutamente normal Se acercó al lugar donde había caído Glenda.

Pensativamente, se puso de rodillas y tocó el suelo con las yemas de los dedos. Sí, todavía quedaban rastros de humedad. Era evidente que el suelo había sido fregado con minuciosidad, para eliminar todo rastro de la sangre derramada en lo que le pareció un asesinato perfectamente planeado. Se preguntó dónde podría estar el cadáver de Glenda, aunque la respuesta, se dijo: era obvia.

El cuerpo de la casquivana señora Arvish estaba debajo de él, a muchos metros de profundidad. Y lo peor de todo era que su esposo lo sabía. En modo alguno estaba dispuesto a conceder crédito a la respuesta dada a la clienta. Arvish sabía que su esposa estaba muerta y no parecía importarle demasiado.

Se puso en pie. Pensó un instante en los esqueletos. Se movían, no había la menor duda. Pero no eran los espectros de la banda liquidada por su antepasado. Él no creía en tales leyendas.

Levantó la vista hacia arriba. De pronto, creyó ver brillar algo a un palmo del techo.

Estuvo inmóvil durante unos segundos. De pronto, buscó una mesa y puso encima cuatro sillas, sobre las cuales colocó aún una quinta. Así consiguió una escalera, que le permitía llegar con las manos hasta el techo.

Su cabeza quedaba a un par de palmos del tenso cable metálico que iba de lado a lado del saloon. Ahora, en aquella postura, podía ver más cables, uno de los cuales estaba situado directamente sobre el piano.

Entornó los ojos. Empezaba a comprender la verdad, aunque no los motivos por los cuales los esqueletos «actuaban» durante la

noche y sin público.

Saltó al suelo y buscó la puerta del almacén donde Meg le había dicho estaban los maniquíes. Había sido cerrada con llave, pero no le arredró en absoluto. Tomó impulso, levantó el pie derecho y lo descargó con todas sus fuerzas.

El golpe pareció un cañonazo, pero resultó efectivo. La cerradura saltó en el acto.

Bohum avanzó unos cuantos pasos y contempló críticamente aquel aparato que parecía un órgano de una especie muy rara. Los maniquíes estaban amontonados de cualquier forma en un rincón. Bohum se acercó al órgano y lo contempló durante unos segundos. También vio la pantalla de televisión que había sobre el aparato, lo cual le hizo sonreír ligeramente.

Pero ahora tenía algo más importante que hacer. Era preciso encontrar el cuerpo de Glenda.

Giró sobre sus talones y se alejó, en busca de la trampilla que le permitía el acceso al subterráneo. Si el cerrojo estaba pasado por dentro, usaría el destornillador que había llevado consigo, para soltar las bisagras.

Apenas hubo abandonado aquel cuarto, uno de los maniquíes, de pronto, cobró vida, apartó los dos que tenía encima y se acercó a la puerta. Permaneció allí, hasta que oyó el ruido de la trampilla que se cerraba, después de haber sido utilizada por Bohum para penetrar en el subterráneo.

Meg abrió los ojos y trató de emitir una queja, pero incluso eso le estaba vedado. Su boca estaba tapada por una mordaza y tenía las manos atadas a la espalda. Los tobillos estaban asimismo ligados, con lo que apenas si podía hacer algún movimiento que aliviase su incómoda postura.

La oscuridad era absoluta. Por el olor a humedad, había deducido que se encontraba en la mina, aunque no podía precisar el lugar.

Tampoco sabía el tiempo que llevaba en aquella situación. Sólo recordaba el regreso de la cantina y el asalto de que había sido objeto al entrar en su dormitorio. Sabía también que había sido narcotizada, y a ello sin duda se debía el mal gusto y la sequedad de boca que sentía.

De repente, le pareció vislumbrar una luz en aquellas tinieblas.

Sí, aquel resplandor movedizo indicaba la presencia de una persona en el túnel.

¿Bohum?

La mordaza seguía impidiéndole emitir el menor sonido. A los pocos momentos, vio al hombre que se arrodillaba a su lado, aunque, deslumbrada por la lámpara, le era imposible captar el menor detalle de sus facciones.

El sujeto depositó la lámpara en el suelo y alargó las manos hacia ella. Meg retrocedió vivamente. Sonó una risita burlona.

—No temas —dijo—, no te voy a estrangular.

La mordaza cavó a un lado. Entonces, Meg lanzó una exclamación de asombro.

—¡Señor Harrison!

El hombre sonrió.

—Hice bien el papel de muerto, ¿verdad? Te lo aseguro, muchacha; no sé cómo pude contener las ganas que sentía de echarme a reír. Me costó mucho mantener la inmovilidad, puedes creerme.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella, completamente desconcertada —. ¿Por qué lo hace?

—Por dinero, claro.

—Pero no existe el oro de los forajidos…

—¿Quién ha pensado jamás en ese oro? —contestó Harrison, cínicamente—. Hay otras cosas que valen tanto o más que el oro, aunque, claro, no te lo voy a decir.

—Eso no me importa ahora. ¿Qué piensan hacer conmigo?

—Tienes un amigo muy listo —murmuró el individuo—. Lástima que fuese el pobre Prentiss el que muriese aplastado por la losa. Pero ya le echaremos el guante, descuida.

—Han asesinado también a Glenda…

—No se podía confiar en ella. Empezó a pedir más… Bien, eso no te interesa en absoluto. Celebro que te hayas despertado, Meg.

—¿Va a soltarme?

—Ni lo sueñes. Aquí te quedarás, hasta que le echemos el guante a tu amigo. Entonces lo traeremos para que estéis juntos.

—¿Cuánto tiempo?

Harrison sonrió de una manera muy especial.

—Para toda la vida —contestó.

Se inclinó hacia adelante y puso la mordaza de nuevo sobre la boca de la joven.

—Sólo vine para saber cómo te encontrabas —dijo, a la vez que se ponía en pie pesadamente, ya con la linterna en la mano—. Espera aquí, espera…

El resplandor se alejó lentamente y Meg quedó de nuevo en las tinieblas, sola con el terror.

* * *

Bohum recorrió el túnel lentamente, deteniéndose de cuando en cuando para examinar las paredes con gran atención. A veces, sacaba el plano y lo examinaba unos momentos, para continuar su camino muy pronto.

Al cabo de un cuarto de hora, llegó a la entrada del túnel obturado por los escombros. Estuvo allí unos instantes, enfocando el derrumbamiento con la lámpara. La base del montón de escombros estaba a siete u ocho metros de la entrada.

De pronto, descubrió algo que llamó su atención.

Había huellas de pisadas en el suelo polvoriento. Las huellas llegaban justamente hasta los escombros. Una de ellas, curiosamente, estaba partida por la mitad. Sólo quedaba fuera el tacón; la mitad correspondiente a la sombra quedaba bajo el montón de tierra y pedruscos.

Intrigado, se acercó al derrumbe y lo tocó con la mano. Estuvo a punto de abofetearse.

—Idiota de mí. ¿Cómo no se me ocurrió sospecharlo?

El derrumbamiento estaba maravillosamente fingido. De no tocarlo con la mano, no habría podido saber que era escayola, habilísimamente pintada, montada sobre un armazón de lona y madera. Al tantear, notó que se movía ligeramente.

Inclinándose un poco, empujó hacia arriba. El montón «de escombros» se movió entero, girando sobre unas bisagras perfectamente engrasadas, sujetas al techo. Aunque tuvo que agacharse, pudo pasar al otro lado sin dificultad.

En aquel túnel no se había producido nunca un derrumbamiento, se dijo. Reanudó la marcha, moviendo la linterna a derecha e izquierda. ¿Adónde daba aquel túnel? ¿Era ciego, sin

salida?

Caminó cien pasos más. De repente, se detuvo como herido por un rayo.

—¡Cielos! —exclamó.

Dudaba de sus sentados. ¿Era un maniquí?

Se acercó a la mujer, cuyos ojos le contemplaban intensamente, muy abiertos. Tanteó con las manos y notó el calorcillo de la piel.

—No, no eres un maniquí —dijo.

CAPÍTULO XI

Meg bebió largamente de la cantimplora que el joven había llevado consigo. Al terminar, se frotó las muñecas, todavía doloridas por las ligaduras.

—¿Eres un ángel? —sonrió.

—Por lo menos, no tengo cara de demonio —contestó él—. ¿Sabes quién lo hizo?

—No pude verle. Tampoco dijo nada. Pero Harrison ha estado aquí no hace todavía media hora.

—¡Harrison! —Respingó Bohum—. ¿Estás segura, Meg?

—Hemos comentado la comedia del ataúd. ¿Te convence eso?

El joven asintió.

—Lo hizo magníficamente —admitió.

—Ha dicho que vendrás aquí y que nos dejará morir de hambre y de sed. Al menos, lo ha dejado entender.

—Conque morir de hambre y de sed, ¿eh? —Bohum rió sarcásticamente—. Eso es algo que aún está por ver. ¿Me permites un momento?

Bohum estaba arrodillado frente a la muchacha, cuyos tobillos hinchados no le permitían aún caminar. Abrió la bolsa de costado que había llevado consigo y sacó algo parecido a un martillo.

Con la linterna en la mano, se acercó a una de las paredes y golpeó en ella con la parte más aguzada del martillo. Meg le observaba extrañada, sin comprender en absoluto las maniobras del joven.

Al cabo de un buen rato, regresó con un montón de pedruscos, vino de los cuales puso en manos de la chica.

—Mira a ver qué te parece eso —dijo.

Meg frunció el ceño. Bohum sacó de la bolsa una potente lupa y

se puso a examinar uno de los pedruscos. Al cabo de un rato, ella preguntó:

—Burt, ¿qué son esas estrías que brillan?

Bohum la miró sonriendo.

—De eso se hacen las alianzas de boda —contestó.

—Ella creyó que perdía la respiración.

—Dios mío… Oro…

—Soy ingeniero y geólogo —declaró él—. Entiendo del asunto, te lo aseguro.

—Burt, la cabeza me da vueltas…

—Bebe un poco de agua —rió el joven.

—¿Crees que es muy importante el yacimiento?

—Estoy seguro, Meg.

—Pero… ¿a quién pertenece?

—Era de la bisabuela Constance. Tengo todos los documentos.

—Fantástico… —De pronto, Meg se alarmó—. Entonces, es lo que buscan esos criminales.

—No —contradijo Bohum—. No lo saben, aunque me robaron el plano original, en el que no se hace ninguna indicación al respecto. Tu antepasado sí lo sabía y se lo escribió a su hija, poco antes de morir, enviándole los documentos pertinentes. Pero Constance nunca quiso volver aquí; había vivido demasiado en un pueblo minero, para creer en algo que pensaba no eran sino fantasías, especialmente ideadas por su padre, para conseguir que regresara a su lado. Ella no podía volver junto al hombre que había matado a su esposo, un hombre al que siguió amando hasta el día de su muerte.

Meg asintió.

—Es una historia realmente conmovedora —musitó.

—Pero no podremos poner la mina en explotación, mientras no se haya resuelto cierto asunto que tenemos entre manos, y ya sabes a qué me refiero.

De pronto, Bohum divisó un extraño bulto que estaba algo más allá del lugar en que Meg estaba sentada. Avanzó unos cuantos pasos, cargó con el bulto y lo trajo a la luz.

Era una maleta grande y pesaba bastante. Ante la curios1 dad de Meg, soltó las presillas y levantó la tapa.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, intrigada.

Bohum contempló durante unos instantes las bolsas de plástico, que contenían una sustancia blanca, semejante al azúcar molida. De repente, la luz se hizo en su cerebro.

—Meg, no te asombres, pero creo que ya lo sé todo —dijo—. Esto que vemos es droga. Y hay, al menos, una docena de kilos.

—Se queda corto, amigo —sonó de pronto una voz burlona—. La cantidad exacta es de dieciséis kilos, de cocaína de la mejor calidad.

Meg lanzó un grito de sorpresa. Bohum giró la cabeza y vio a Norman Harrison a pocos pasos de distancia, sonriendo con aire de suficiencia.

El sobrino de Harrison tenía los pulgares metidos en el cinturón de sus pantalones, por el que asomaba la culata de una pistola.

* * *

—Esa maleta vale, sin apretar demasiado en el precio, algo así como tres millones de dólares —añadió Norman.

Bohum se quedó sin aliento.

—Entonces, eso explica la…, la escenografía…

—No se rompa la cabeza, amigo. En estos momentos, las explicaciones sobran. Por favor, cierre la maleta y acérquela. No intente tirármela a la cara; es muy pesada, sus movimientos resultarían lentos y yo tendría tiempo suficiente para pegarle un tiro.

Bohum hizo una fuerte inspiración.

—¿Fue usted el que dejó caer el retén de la cabria?

—Y eso, ¿qué importa ahora? Yo, mi tío, Glenda… No interesa, señor Bohum.

El joven se estremeció al oír el nombre de la señora Arvish. Tal vez por eso la habían asesinado. Y ella no había sospechado nada, hasta que fue demasiado tarde.

—No se mueva —ordenó.

Cerró la maleta, la levantó por el asa y la depositó en el suelo a los pies de Harrison. Al inclinarse, repentinamente, le asestó un terrible empujón con las manos, derribándole de espaldas al suelo.

Meg gritó. Bohum sacó su revólver y encañonó al caído.

—No se mueva —ordenó.

Harrison le miró burlonamente.

—Estaba seguro de que tarde o temprano acabaría por venir a este lugar —dijo, sin perder la calma—. Hubiera podido matarle impunemente en su cuarto, pero me pareció oír ruidos y preferí limitarme solamente a quitar los cartuchos de su revólver.

Harrison se sentó en el suelo y movió una mano.

—Haga la prueba, si no me cree —añadió.

Bohum apretó el gatillo un par de veces. El percutor cayó sobre unas recámaras vacías. Disgustado, arrojó el arma a un lado, mientras Harrison lanzaba una alegre carcajada.

—Ha pensado en todo —dijo el joven.

Harrison se puso en pie, sacó la pistola y agarró la maleta con la mano izquierda.

—Aquí se quedan y esta vez, créame, no habrá salvación.

Empezó a retroceder lentamente. Unos pasos más atrás, guardó el revólver y enseñó algo que sacó de su cazadora.

—Tengo tres más como éste —dijo.

—Usted no puede…

—Puedo —rió Harrison—. Y lo haré en seguida.

Continuó caminando hacia atrás. Bohum se volvió hacia la muchacha.

—No puedo perseguirle; me pegaría un tiro —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó ella—. Pero ¿qué hacemos ahora, Burt?

El joven se inclinó y agarró la linterna.

—Ven, vamos a alejamos todo lo posible del lugar de la explosión.

Corrieron frenéticamente, aunque Bohum sabía que tenía tiempo. Norman no querría correr ningún riesgo y dejaría una mecha lo suficientemente larga como para poder alejarse a la distancia suficiente.

De pronto, una pared les cerró el paso.

—Aquí, Meg.

Bohum se tendió en el suelo y ella a su lado. Meg sintió el reconfortante contacto de los brazos del joven en torno a sus hombros.

—De todos modos, hay un kilómetro —dijo él.

Casi en el mismo instante, se vio un tremendo fogonazo a lo

lejos.

—Ya está —anunció Bohum.

* * *

El suelo dejó de vibrar y los ecos de la explosión fueron apagándose lentamente. La onda explosiva vino, retrocedió, regresó de nuevo y acabó extinguiéndose sin daño alguno para los dos jóvenes. Bohum se sentó al fin, sacudiéndose un poco de polvo de las ropas.

La linterna había quedado intacta. Bohum miró un instante a la chica y sonrió.

—Al menos, estamos vivos —dijo.

—Burt, ¿es posible que haya en este mundo gente tan sádica? —preguntó ella.

—El sobrino de Harrison es una muestra de esa clase de gente, pero creo que no es el momento para hacer especulaciones sobre el carácter de las personas. —Bohum se puso en pie de un salto, con la linterna en la mano—. Lo que ahora interesa es escapar de aquí.

—Esta vez se han asegurado…

—No pierdas la calma ni te pongas histérica. Todavía estamos vivos dijo él, severamente.

Enfocó la linterna hacia arriba. Habían llegado a un pozo, cuya altura calculó en unos doce metros. Al final, había una especie de rellano, pero no podía captar más detalles. Aunque, pensó, si estaban en un pozo, no debían de hallarse muy lejos de la salida.

—Creo que podremos salir —murmuró.

De pronto, dio media vuelta y regresó en busca de su bolsa y de la cantimplora de agua. Al volver, extrajo el martillo de geólogo y estudió durante algunos segundos un determinado trozo de la pared.

Luego atacó el muro resueltamente, con secos y hábiles golpes. Diez minutos más tarde, había practicado un hueco de unos veinte centímetros de ancho, por quince de alto y también veinte de profundidad. El hueco tenía forma semicircular y, con unos cuantos golpes más, hizo que el lado recto, situado en la parte inferior del hueco, tuviera una ligera pendiente de fuera adentro.

Aquel hueco había sido tallado a unos sesenta centímetros del

suelo. Inmediatamente, se enderezó y empezó a excavar a otros sesenta centímetros de distancia.

El terreno que formaba las paredes del pozo era de tierra muy consistente, con vetas de roca, que Bohum procuraba evitar. Al terminar el segundo hueco, ligeramente a la izquierda del primero, Bohum inició la excavación de un tercero, que ya quedaba a un metro ochenta del suelo.

Meg comprendió muy pronto las intenciones del joven. Simplemente, estaba tallando los peldaños de una escalera que les permitiría llegar hasta la boca del pozo. Pero ¿y después?, se preguntó, llena de aflicción.

Cuando terminó el tercer hueco, Bohum se agarró a él con la mano izquierda, puso el pie derecho en el primer hueco y se separó así sesenta centímetros del suelo. Esto le permitió empezar el trabajo del cuarto hueco, que quedaba a casi dos metros y medio del fondo del pozo.

—Debe de haber unos doce metros —dijo él, en un momento en que se había tomado un breve descanso en su tarea—. Puesto que hago los escalones a sesenta centímetros de distancia, tengo que excavar en total hasta veinte.

—Y a diez minutos cada uno…

—Doscientos minutos; esto es, algo más de tres horas. Pero no tenemos prisa, supongo.

—En todo caso, la linterna —contestó ella—. Si se agotan las pilas, te encontrarás en dificultades.

Bohum metió la mano de uno de sus bolsillos y lanzó algo al suelo.

—Ahí tienes fósforos —indicó—. En la bolsa encontrarás un cuchillo. Hay en este túnel maderos procedentes del entibado, algunos rotos en pedazos. Procura preparar algo parecido a una antorcha.

—Está bien.

Bohum alcanzó los tres metros, seis peldaños, y descendió al suelo. Meg estaba muy ocupada reuniendo largas astillas de madera, que ataba con tiras de tela obtenidas de su propia camisa.

—Saldremos de aquí, te lo aseguro —sonrió, llevándose la cantimplora a los labios, para tomar un pequeño sorbo de agua.

—Admiro tu fe —confesó la chica—. Yo me hubiera dejado caer

en un rincón, dispuesta a morir de hambre y sed…

—Tú no tenías el plano de Constance —contestó Bohum.

Meg suspendió un momento su tarea.

—De modo que todo esto lo hacían por la droga —dijo.

—Y no debe de ser la primera vez. ¿A quién se le ocurriría buscar unos cuantos kilos de droga en este rincón perdido del mundo?

—Desde luego. Pero ¿esa escenografía…?

Bohum tapó la cantimplora.

—Te lo contaré todo más tarde —dijo.

Subió de nuevo por la pared y empezó a golpear con el martillo.

Al cabo de una hora, había tallado seis escalones más. Descendió por segunda vez, tomó otro sorbo de agua y se limpio el sudor de la frente.

—Es fatigoso —se quejó.

Meg le dirigió una mirada de simpatía.

—¿No te da vértigo estar allá arriba? —preguntó.

—Estoy acostumbrado. A veces, tengo que colgarme de una cuerda, para tomar muestras de roca en algún acantilado. En una ocasión, estuve suspendido a cuatrocientos metros del suelo. Pero creo que a partir de ahora dejaré esas acrobacias. Habrá que poner la mina en explotación, aunque, lógicamente, habrá que practicar más catas para conocer el verdadero alcance de la veta. Yo calculo que debe de haber algo así como cincuenta gramos por tonelada —dijo.

—¿Es rentable, Burt?

Bohum soltó una risita.

—A los precios actuales del oro, aunque nada más sea doscientos dólares la onza, una tonelada de mineral nos dará casi cuatrocientos dólares de beneficio. Bueno, algo menos, si cuentas los gastos, claro, pero, dé todas formas, cincuenta gramos por tonelada ya es algo muy interesante.

El joven volvió de nuevo a su tarea. Hora y media más tarde, anunció que estaba tallando el último escalón.

—Parece que la luz de la linterna disminuye —observó Meg.

—Ten preparada la antorcha. Se apagará casi de golpe.

—Muy bien.

Puesto que no quería ser menos que el joven, Meg había

trabajado activamente y tenía dispuestas dos antorchas, una de las cuales encendió no sin cierto trabajo. En aquel momento, al levantar los ojos, vio que Bohum desaparecía de su vista.

—¡Burt! —exclamó, alarmada.

Una alegre carcajada descendió de lo alto. Meg temió que el joven se hubiese vuelto loco.

—Burt, ¿qué pasa? —preguntó.

Bohum asomó la cabeza.

—Supongo que estarás temiendo el momento de usar la escalera que he hecho, ¿verdad?

—Puesto que no tengo otro remedio…

La linterna se apagó en aquel instante y sólo quedó la luz rojiza de la antorcha. Entonces Meg sintió que algo caía de las alturas.

—Ellos, quienesquiera que sean, no necesitan sudar para subir y bajar por aquí —dijo el joven—. ¿Qué te parece, encanto?

Meg contempló, atónita, la escala de cuerda que había caído de las alturas.

—¿Estaba ahí? —preguntó.

—Sí. Sube sin miedo; está bien asegurada. Ah, tráete la otra antorcha y los fósforos.

Meg lo hizo así y, aunque con dificultades, llegó al final del pozo, encontrándose en una pequeña plataforma, encima de la cual, a metro y medio del suelo, había un techo de gruesas tablas.

—Esa gente iba y venía por aquí. Si entraban por este lado, usaban la escala de cuerda, que dejaban para el regreso, en cuyo momento la recogían —explicó Bohum—. Luego salían por ahí —señaló el techo de tablas.

—Hay una trampilla —murmuró ella.

—Voy a probar —dijo Bohum—. Si no se abre, encenderemos la antorcha y prenderemos fuego a la madera. A alguna parte tenemos que salir, ¿no te parece?

Pero la trampilla se abrió sin dificultades. Bohum salió fuera y miró a su alrededor. Luego lanzó una alegre carcajada.

—Meg, si fueses otra, pensaría que esta trampilla servía para que pudieras recibir a tus amantes —dijo.

La chica salió fuera. Una exclamación de asombro brotó de sus labios al reconocer el lugar en que se encontraban.

—¡Es mi dormitorio!

CAPÍTULO XII

Lo primero que hizo Bohum fue recoger la antorcha y apagarla en el cuarto de baño. Luego cerró la trampilla y puso encima la alfombra que la cubría por completo.

—¿Es posible que ignorases la existencia de esta entrada a la mina? —preguntó.

—Me trasladé al dormitorio hace poco tiempo. Es el lugar más fresco de la casa y, además, hasta ahora, había sido utilizado como cuarto trastero. Tuve que practicar una puerta para entrar en el baño y… Ciertamente, cuando me movía por aquí, notaba que sonaba a hueco, pero lo achacaba a que el suelo de la casa queda en alto con respecto al terreno. En cuanto a la alfombra, la puso la señora Hatch, pero no me dijo nada de la trampilla.

Bohum entornó los ojos.

—Es posible que ella sea una más de la banda —murmuró.

—¿Cómo?

—Meg, creo que usaban Black Sands como centro de sus actividades ilegales. Alguien traía la droga y aquí venían otros a recogerla, con el dinero… La productora de cine es una magnífica tapadera para ese negocio, ¿comprendes?

—Sí, pero nunca habían ocurrido cosas tan terribles como hasta ahora —alegó ella.

—Indudablemente, se ha producido alguna crisis en su negocio —supuso Bohum—. En esta clase de asuntos no se vive nunca tranquilo, Meg. Siempre hay recelos, desconfianzas, luchas por el poder, por el reparto del botín…

De pronto, se oyeron pasos en las inmediaciones. Bohum se apresuró a tapar la boca de la chica con una mano.

—No hagas ruido —susurró.

Meg asintió, con los ojos muy abiertos. Dos hombres se detuvieron al lado de la puerta.

—No me gustan los sadismos baratos —dijo uno—. Deberías haber acabado ya con ellos, Norman.

—Bueno, es que…

—No trates de poner pretextos, sería inútil. Está bien, yo acabaré lo que tú no has tenido el valor de hacer. En cuanto haya terminado, nos marcharemos de Black Sands.

—Está bien, como digas, Jonathan. Pero mi tío…

—Tu tío ya ha recibido su parte y no tiene por qué exigir más. A propósito, sería conveniente que pegases fuego al Belle Union.

—¡Eso vale mucho dinero! —protestó Norman.

—¿Crees que no lo sé? Pero ya no podemos seguir aquí ni un minuto más de lo absolutamente necesario. Los federales andan pisándonos los talones. Uno de mis socios trata de despistarlos. Por supuesto, si lo detienen, no podrán acusarle de nada, y tendrán que soltarlo. Pero eso nos dará el tiempo suficiente para perdernos de vista. ¿Entendido?

—Muy bien —contestó Norman.

—Ah, habla también con Jane. Sondéala; si tienes la menor duda, pégale un tiro.

La puerta se abrió. Wheeler entró en el dormitorio, apartó la alfombra y la arrojó a un lado, dejando la trampilla al descubierto. Inmediatamente la levantó y saltó al interior de la plataforma. Alargó el brazo para recoger la linterna que había dejado en el suelo, la encendió y se dispuso a utilizar la escala de cuerda que sabía había en aquel lugar.

En el mimo instante, Bohum y Meg, de puntillas, salieron del cuarto de baño. Meg cerró la trampilla. Bohum, actuando de consuno, empujó una pesada consola y la situó encima de la entrada al túnel.

Abajo se oyó un alarido de furor. Wheeler se dio cuenta de que alguien le había tendido una encerrona y blasfemó obscenamente.

—¡Norman, maldito hijo de perra! Ábreme inmediatamente…

Ciego de rabia, sacó la pistola y apuntó hacia arriba. Pero en el momento de ir a disparar, temió ser alcanzado por un posible rebote y dio un par de pasos hacia atrás, con objeto de hacer oblicua la trayectoria de la bala.

Al segundo paso, su pie se encontró sin apoyo. Vaciló, trastabilló, braceó frenéticamente. Soltó la pistola, buscando un asidero, pero su cuerpo había adquirido ya una inclinación irresistible y empezó a caer.

El alarido que brotó de su garganta descendió con él. A los pocos metros, chocó contra la pared opuesta y rebotó, para ser lanzado al otro lado del pozo. Volteando sangrientamente, terminó su descenso en el fondo del pozo. Después del terrible choque final, ya no se movió más.

* * *

Los dos Harrison, tío y sobrino, entraron en el saloon, provistos de sendas latas de gasolina. Inmediatamente, se detuvieron, como heridos por el rayo.

Los maniquíes estaban en torno a las mesas o en pie, junto al mostrador. La música del piano sonó ensordecedora, mezclándose con las risas y las voces de los inmóviles clientes. El conservador, estupefacto, tenía la boca abierta en un gesto casi ridículo.

Norman maldijo entre dientes.

—Tío, ¿qué diablos pasa aquí? —mascculló.

—Te aseguro que no lo sé, muchacho. No entiendo…

—Esto debe de ser cosa de Wheeler. Querrá burlarse de nosotros, seguro.

Súbitamente, se oyó el rugido de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Norman se volvió.

—¡Mi coche! ¡Alguien se lo lleva! —gritó.

En el mismo instante, cesaron todos los sonidos. Alguien emitió un potente bramido, a través de un altavoz:

—¡Atención, habla el FBI! ¡Están rodeados! ¡Tiren las armas inmediatamente!

Harrison levantó las manos en el acto.

—¡No disparen, me rindo!

Norman lanzó un aullido.

—¡Vengan a buscarme, si se atreven!

—No bromeen, hablamos en serio —dijo la voz—. Tiren las armas o haremos fuego…

Norman sacó su pistola.

—¡Jonathan! Si piensas burlarte de mí, te juro que…

Pero Harrison se abalanzó sobre él y agarró su muñeca.

—Norman, muchacho, no cometas imprudencias. Los federales te acribillarán…

—Déjame, tío; es todo una mentira…

De repente, se oyó un seco estampido. Norman se tambaleó, con los ojos fuera de las órbitas.

—Me has matado —gimió.

Harrison extendió las manos.

—Norman, hijo, te juro que yo no quería…

Bruscamente, con sus últimas fuerzas, Norman alzó la mano armada y disparó varias veces. Harrison dio un tremendo salto, giró en el aire y cayó de bruces al suelo. Norman se desplomó de espaldas y quedó boca arriba, jadeando estertorosamente, mientras la sangre brotaba por la herida causada por el proyectil de calibre 45.

Entonces Bohum abandonó el cuarto de control y miró pensativamente los dos cuerpos tendidos en el suelo. Meg llegó en aquel momento.

—Burt…

—Estoy bien —contestó él.

En el mismo instante, se oyó el chirrido de los frenos de un coche que se detenía bruscamente. Tres hombres se apearon y corrieron hacia el saloon.

—Agente Feyder, del FBI —se presentó uno de ellos—. ¿Puede informamos de lo que ha sucedido aquí, señorita?

Meg suspiró.

—Sí, hay mucho que contar —respondió.

* * *

Bohum enseñó el cuadro de mandos al asombrado Feyder.

—Los esqueletos están en otra habitación —explicó—. Todos ellos, bajo las ropas, tienen un pequeño mecanismo de control, mediante el cual movían los brazos y las piernas. Ese mecanismo estaba conectado por los cables que hay junto al techo y, desde aquí, se enviaban las órdenes a cada esqueleto. Hay varias cámaras ocultas, que recogen las imágenes y, supongo, tendrán cintas

grabadas con todo lo que ha sucedido aquí, incluyendo el asesinato de Glenda Arvish.

Feyder asintió.

—Así creaban una atmósfera de terror en los vecinos, que no habían querido entrar en el asunto —dijo.

—Bueno, yo supongo que prepararon la escenografía para filmar realmente una película, porque, desde luego, todo esto cuesta muchísimo dinero. Pero ese dinero, claro, no era de Wheeler, quien se aprovechó de la situación para sus manejos delictivos. Imagino que el viejo Harrison le hablaría de la mina en alguna ocasión y decidió aprovechar esa circunstancia para hacer su negocio con la droga, independientemente del de producir películas. Las cosas se les complicaron con mi llegada y más aún cuando encontraron el viejo plano de la mina. A pesar de todo, no se atrevían al asesinato directo, temerosos de que alguien pudiera venir más tarde a investigar mi paradero.

—Y el comisario entraba también en el juego.

—No cabe la menor duda. Prentiss, la señora Arvish, su esposo, Jane Egan…, quien, cegada por convertirse en una estrella de cine, estaba dispuesta a todo, como, por ejemplo, cantar y bailar desnuda en una escena macabra con esqueletos como espectadores…

Varios policías uniformados pasaron en aquel momento por delante del Belle Union. Jeff Arvish y Jane iban en el centro, esposados, con la cabeza baja.

Un federal entró en el saloon.

—Hemos encontrado a Wheeler —informó—. Cayó por el pozo y se estrelló contra el suelo.

—Eso soluciona muchos problemas —murmuró Feyder.

—También tenemos la droga, jefe —dijo el mismo federal—. Está en el coche que la señorita Payne birló a esos pájaros.

—Muy bien. —Feyder se levantó—. Señor Bohum, más adelante necesitaremos de usted y de la chica.

—Estamos a su disposición —contestó el joven.

Feyder se marchó. Algunos policías del Estado, sin embargo, quedaron en el pueblo. Bohum pasó el brazo en tomo a los hombros de Meg.

—Tengo que ir al cementerio —dijo—. Es preciso borrar la inscripción con mi nombre.

—Me pregunto quién pudo hacerlo…

—Sin duda, el mismo que quitó las postas de tu cartucho, el que se «vistió» con el traje de esqueleto. Norman Harrison, en una palabra.

—Nos tiroteó en una ocasión.

—No quería que viésemos el asesinato de_ Glenda, pero llegó tarde y su puntería, por fortuna, dejaba mucho que desear.

—Burt, ¿cómo hicieron la inscripción en la losa? Eso cuesta mucho tiempo, supongo.

—Seguramente, usó un cincel metálico. En menos de una hora, la tuvo lista. Incluso con un taladro portátil pudo hacerlo; las letras no tienen precisamente mucha regularidad.

—¿Y cómo la levantaban desde el interior?

—Simplemente, con un gato de automóvil, situado sobre un soporte para darle mayor altura. La cabria se veía desde lejos. No podían hacerlo de esta manera.

—Eso quiere decir que utilizaron la mina muchas veces.

—Quizá no sepamos cuántas, en total…, aunque acaso lo digan Jane y Arvish. Pero ¿importa eso ahora?

Meg sonrió.

—No, no importa —contestó—. Burt, ¿piensas poner la mina en explotación?

—Bueno, antes tendré que hacer muchas catas y conocer exactamente o, por lo menos, con la mayor aproximación, el porcentaje de oro por tonelada de mineral. Cuando tenga todos los datos en la mano, pediré un préstamo, fundaré una sociedad… Sospecho que Black Sands se va a revitalizar de nuevo, muchacha. Tendrás el hotel lleno… y hasta puede que la ciudad vieja vuelva a ser habitada, sin temor a los fantasmas de los bandidos y el *sheriff*.

Ella rió alegremente.

—Ese temor ya no existe —contestó—. Por cierto, ¿dónde estaban el plano y los documentos de la mina?

—En el lugar adecuado, naturalmente: en el baúl de la bisabuela Constance, con todos sus vestidos. Mi hermana tuvo que asistir un día a un baile de disfraces y pensó que nada mejor que un vestido auténtico de época. Tuvo un éxito fenomenal, ¿sabes?

—Entonces, fue ella la que encontró los documentos.

—Sí. Me los entregó, los examiné detenidamente. Entonces tenía

un trabajo y no podía dejarlo, así que tuve que aguardar unos meses, hasta que pude quedarme libre.

—Te marcharás pronto, supongo.

Bohum hizo un gesto negativo.

—Ahora tendré que trabajar de firme durante muchos días —contestó—. Y luego, si quiero dirigir la mina… Creo que me estableceré aquí, Meg. Es más, sospecho que la descendiente del *sheriff* Payne se casará con el descendiente del pistolero Bohum.

—Bueno, lo pensaré… y creo que contestaré afirmativamente —dijo ella, rebosante de júbilo.

Bohum le empujó hacia la salida.

—Vamos, es preciso borrar la inscripción de la lápida.

Meditó unos instantes y añadió:

—Pero luego encargaré que graben el nombre de Siddo Bohum, aunque sus huesos hayan desaparecido. Porque los que vimos eran artificiales…

—A saber dónde los echó Harrison, cuando desempeñó aquella macabra comedia.

—Quizá los arrojó en otra tumba… —Bohum suspiró—. Supongo que a él no le importará demasiado. Le bastará saber que, al fin, su nombre está escrito en la losa que cubre su sepultura.

Caminaron despacio, sin prisas, por el centro de la calle Mayor. El sol era una bola de fuego que se hundía en el horizonte, pero surgiría de nuevo al día siguiente. Y muchos, muchos días más, hasta el término de la vida llena de felicidad que ambos esperaban conseguir.

FIN